

El niño que no para de crecer por dentro

José Manuel Arias

PERSONAJES

FERMÍN.

CARMINA.

CASIMIRO.

PADRE GERMÁN.

ANGELITA.

PAQUITO.

ANA.

EL VENDEDOR.

ABUELO VICENTE.

CAPO DON BENÍTEZ.

EL PRESIDENTE.

JOVEN ASIÁTICO.

Escena I

La jubilación inesperada

Irrumpe en el escenario un agitado y eufórico D. FERMÍN, brindando a todo lo que parece moverse a su alrededor con un colosal y sonoro corte de mangas.

FERMÍN.- ¡Toma, toma!

(Aprovecha la presencia del público para lanzarle algunas preguntas aleatorias, que termina respondiéndose él mismo.)

FERMÍN.- ¿Alguien se imagina lo que me acaba de suceder? No importa. ¿Usted todavía es población activa? Sí, qué pena, pero no deje de pensar en cómo romperse una pierna. A ti te quedan trienios para aburrir, chaval. ¿Se siente usted estancado, con un leve pero constante cosquilleo de genitales que le impide ver la manera de hacer valer sus méritos? Paciencia, que todo llega tarde. A ver, usted, y el que está detrás de usted, ¿cuántas veces se han despertado con el mismo pensamiento? Hoy lo dejo todo y voy a cambiar de vida, decidido. Pero en ese mismo instante y en diferentes lugares del mundo millones de personas están pensando lo mismo, y curiosamente segundos después todos ellos se preguntan: ¿Y si todos hiciésemos lo mismo y cambiáramos de vida, qué pasaría? Total, que nos quedamos con la misma cara de siempre, pero con tanta rabia que nos esperamos en el Metro a la hora punta para empujarnos con ganas y hacernos un hueco entre la multitud. ¿Usted sigue soñando con ese golpe de suerte que le haga diferente a los demás? ¿Sí, no me diga?, ¿y cuánto dinero lleva ya gastado en quinielas y loterías?, ¿tal vez el presupuesto de un año sabático? A usted le va haciendo falta, esas ojeras. Pero cuando nos toque no nos puede tocar cualquier cosa. La fortuna tiene que ser la que hemos calculado en nuestros sueños desde que empezamos a trabajar, o sea doscientos veinticinco millones doscientas cincuenta y tres mil pesetas, iva incluido. Por menos no se retira uno. Y en ocasiones he pensado si esta cantidad no la tendrá el Gobierno reservada en los Presupuestos Generales del Estado. ¿De verdad que no caen?

(D. FERMÍN rebosa tal suficiencia que parece mastigar lo que va a anunciar por su boca.)

FERMÍN.- ¡Me acaban de jubilar hoy anticipadamente, sí, antes de tiempo!

(Se escucha al instante la voz lejana de su mujer, CARMINA.)

CARMINA.- ¿Puedes repetir lo que has dicho, Fermín?

FERMÍN.- Que me acaban de jubilar hoy, a los cincuenta y cinco años recién cumplidos, antes de que se me empiece a olvidar para quién trabajo en horas de oficina; eso dicen.

(CARMINA asoma inmediatamente su rostro por una de las seis ventanas de diferentes tamaños que hay enclavadas en el margen derecho de la pared situada al fondo.)

CARMINA.- Pues no me extrañaría nada. Otras veces te has olvidado de cosas peores como de tu mujer y de tu hijo.

FERMÍN.- Aquello sólo fueron unos meses, Carmina. Trabajaba dieciséis horas al día en tres sitios diferentes y los fines de semana.

CARMINA.- ¿Y quién te mandaba trabajar tanto? Excusas para no estar en casa.

FERMÍN.- Lo hacía para que no os faltara de nada.

CARMINA.- Claro, por eso se te olvidó incluirnos en la cartilla de la seguridad social, se te olvidó matricular al niño en el colegio para que aprendiera a decir eso de "Papá, existo", y en la solicitud de ayuda a la vivienda pusiste soltero y, para más recochineo, sin compromiso.

(CARMINA esconde su rostro.)

FERMÍN.- No conocía los efectos secundarios del pluriempleo, Carmina.

(Vuelve a aparecer el rostro de CARMINA por otra ventana más grande.)

CARMINA.- Y menos mal que te funcionó la memoria en la primera comunión de tu hijo, que si me lo dejás huérfano el primer día que recibe los sacramentos, te aseguro que ese mismo día el traje de viuda me hubiera sentado como Dios.

FERMÍN.- Todo fue por aquel trabajo de los fines de semana. Tenía que hacerme pasar por otra persona, ése era el trato, y parece que se apoderó de mí una doble personalidad.

CARMINA.- Doble personalidad que nunca llegué a conocer, porque el que gastaba las siete horas que le quedaban del día para dormir como un tronco era el de

siempre. Espero que esa doble personalidad la recuperes algún día.

(**CARMINA se esconde. FERMÍN se sienta en una silla.**)

FERMÍN.- Ya me gustaría haberla tenido ahora, y que la empresa no hubiera sabido a quién jubilar antes de tiempo.

(**FERMÍN saca de un bolsillo de su chaqueta la carta de la jubilación.**)

FERMÍN.- Escucha esto, Carmina. Dicen que "adolezco de una imagen viva y dinámica que no aporta nada nuevo a la empresa", "falta de integración en el grupo ", y no será por todos los cafés que he pagado. Pero esto es lo más curioso: "que me permito en los momentos más inoportunos cuestionarme en público objetivos personales no conseguidos".

(**CARMINA aparece rápidamente en persona.**)

CARMINA.- ¿No habrás sido capaz de soltar en voz alta que llevas dos años intentando satisfacer a tu mujer sin éxito?

FERMÍN.- ¡Carmina, por favor!

CARMINA.- En tu empresa eso no lo considerarían un objetivo.

FERMÍN.- También dicen "que soy el último, y con reparos, en alegrarme de las mejoras de la empresa". Si hubieran mejorado de paso algunas partes esenciales de mi cuerpo me alegraría, pero no hay color.

CARMINA.- ¿Y qué parte de tu cuerpo esperabas mejorar, Fermín?, ¿no tienes bastante con haber enriquecido tus varices, tu úlcera de estómago y tu exceso de gases?

FERMÍN.- Claro, Carmina, claro. Y esto último ya es para entendidos: "su perfil nebuloso y desmotivante podría contagiarse y contribuir a una pérdida progresiva de la competitividad de la empresa".

CARMINA.- Me asombra todas las cosas que han podido ver en ti, Fermín.

(FERMÍN le entrega la carta.)

FERMÍN.- Ya ves. Aquí tienes el epitafio de un curruto sin rematar, Carmina. Han decidido pagar para no verme más. No saben dónde colocarme en el organigrama de la empresa; soy una línea intermitente de puntos que va en picado, como un bastardo que nadie quiere reconocer.

(CARMINA leyendo la carta.)

CARMINA.- Aquí dice que "no obstante aprovecharán el lanzamiento del nuevo logotipo de la empresa para nombrarte trabajador de honor virtual"

FERMÍN.- ¡Vaya consolación! Se limitarán a poner mi cara con una sonrisa manipulada en maquinitas que colocarán en grandes almacenes, gasolineras y discotecas inmundas. Y con el tiempo mi cara será una gran mancha que nadie se molestará en quitar.

CARMINA.- Pero a esas guarrerías también se exponen los famosos del cine.

FERMÍN.- Sí, pero esos luego se dan un baño de multitudes y se quedan como nuevos. Treinta y siete años de servicio, que se dicen pronto. Soy el único que estuvo presente el día de la inauguración de la empresa. ¿Te acuerdas?

CARMINA.- Es el único recuerdo vivo que tengo de ti como trabajador. Eras el electricista y casualmente aquella noche se fundieron los plomos.

FERMÍN.- Sí, pero fue divertido. Aquella noche nos prometimos.

CARMINA.- Por los pelos, porque fui la única que dijo que sí, y me enteré tarde de que se lo habías pedido a otras dos antes que a mí de la borrachera que tenías.

FERMÍN.- Tenía que celebrar que arreglé la avería.

CARMINA.- Sí, Fermín, hiciste que llegara la luz, pero a mí me llegó la penumbra.

(CARMINA se sienta en otra silla.)

FERMÍN.- Con que tengo un "perfil nebuloso y desmotivante", las palabritas que se inventan para quedar como cabrones aplicados. Soy el único trabajador del sector que ha superado cinco ajustes de plantilla. De electricista me reciclaron de mala manera en Jefe de Reprografía de una filial fantasma de la empresa; eso sí, la fotocopidora que estuvo bajo mi mando funcionó a la perfección sin una sola avería. Después me destinaron a una subcontrata como Encargado de Instalaciones con aquel grupo de rusos y polacos sin papeles. Pero esta subcontrata, que era una tapadera, se destapó funcionando a las mil maravillas, llegando a volúmenes insospechados de producción y creando unos beneficios que jamás se contabilizaron. ¿Recuerdas aquella época de Vladimir y sus colegas, Carmina? Lo pasamos bien y dimos ejemplo de cómo trabajar con un solo trabajador en nómina y el resto bajo cuerda.

CARMINA.- Cómo no iba a recordar aquellos años, Fermín, en los que te hiciste responsable, nadie te soplaba en la oreja, te enganchaste al vodka y nuestro matrimonio se redujo a cinco preguntas hechas en diferente orden a lo largo del día y de la noche: ¿está ya la comida, Carmina?, ¿a qué hora me acosté ayer, Carmina?, ¿tengo mala cara hoy, Carmina?, ¿sabes que hablan de mí para un ascenso, Carmina?, ¿me has comprado el champú anticaída que te pedí, Carmina? Lo tengo todo anotado, Fermín.

FERMÍN.- ¿Pero a qué viene todo esto ahora?

CARMINA.- Tengo que aprovechar estos momentos en los que debes sentirte un ser inferior para recordarte que yo también he superado unas cuantas crisis matrimoniales sin que te dieras cuenta.

FERMÍN.- ¿Y cómo no me lo dijiste?

CARMINA.- Te lo dije, pero siempre había una respuesta. Cuando eras un pluriempleado porque a un trabajador en esas condiciones no se le puede atosigar con esas cosas, y cuando eras un trabajador a secas tu respuesta era que me tomara un Valium.

FERMÍN.- Sí, eso recuerdo que te lo dije el día que me destinaron al Departamento de Reclamaciones. Pero allí me desquité a conciencia dándole siempre la razón al cliente. Y

por eso me desterraron a ese departamento en período de gestación, y del que se limitaron a decirme que mi futuro jefe estaba a punto de nacer. Sí, me la han jugado con ganas.

CARMINA.- ¿Y qué vas a hacer ahora?

**(Comienza a sonar el tic-tac de un reloj repetidamente.
FERMÍN camina pensativo en círculos.)**

FERMÍN.- Ya lo tengo. Trabajaré para la competencia.

CARMINA.- Que te lo has creído. Llevo treinta y siete años realizándome yo conmigo misma y ya va siendo hora de realizarme con otra persona, aunque en este caso tenga que ser contigo. Tu empresa se ha llevado lo mejor de ti, y ahora me toca disfrutar a mí de lo poco que te quede. Así que ya puedes ir motivándote. Hazte la idea de que trabajas para mí a partir de ahora.

(FERMÍN sigue ampliando el círculo de sí mismo.)

CARMINA.- ¿Dónde están tus aficiones, todas esas cosas que uno siempre quiso hacer pero no tenía tiempo, y ahora que lo tiene se le han olvidado?

(FERMÍN comienza a acelerar su paso.)

CARMINA.- Vamos, Fermín, ¿dónde queda aquel deseo oculto de ser el rey del karaoke?, ¿no querías ser detective privado para seguir de cerca la vida de personas sospechosas? En el fondo siempre has sido un cotilla.

FERMÍN.- No me acuerdo de nada de eso, Carmina.

CARMINA.- ¿Estarías dispuesto a superarte y enamorarme de nuevo?

(FERMÍN se detiene. No parece responder.)

CARMINA.- Está bien. Te harás cargo del Niño. Dos seres pasivos en casa ni hablar.

FERMÍN.- ¿Del Niño?, ¿pero todavía no se ha colocado?

CARMINA.- No, pero él te enseñará a disfrutar del tiempo libre.

FERMÍN.- ¿No ha experimentado ningún avance?

CARMINA.- No, pero esta mañana me ha dejado una poesía debajo de mi almohada. Lleva tres días sin hablar y me la ha escrito para que no me preocupara. Mira lo que dice: "El silencio me hace grande, me dispersa, me encoge, me hace notar en cualquier ruido del aire, entre cualquier eco de la noche inquieta" Es bonito, ¿verdad?

FERMÍN.- Qué cruz. Creo que me está viniendo una depresión.

CARMINA.- Ahora ya no es momento de deprimirse, sino de conocer a tu hijo, que nunca es tarde.

FERMÍN.- ¿Dónde está?

CARMINA.- En la cama.

FERMÍN.- ¿A estas horas? Son las diez de la mañana. Me acaban de jubilar antes de tiempo y mi hijo ni se ha levantado de la cama. ¿Pero cuánto años tiene ya?

CARMINA.- Ha cumplido treinta y tres años.

Escena II

El niño se levanta a las diez

CASIMIRO se acaba de despertar. Son las diez de la mañana. Se incorpora medio cuerpo y aclara su garganta. Se da unos segundos de tiempo para situar su mirada perdida y habla.

CASIMIRO.- ¡Paranquatenimiquaro!,
¡Paranquatenimiquaro! Es la mejor manera de romper un silencio de tres días. Nunca se sabe cómo hacerlo. El silencio es exigente, te pone a prueba y te empuja a decir algo espectacular y profundo después de abandonarle. De hecho, no se puede volver a él hasta que no se hayan agotado todos los gritos, susurros, llantos y carcajadas que

nos rompen el alma. ¡Paranquatenimiquaro! Sí, una palabrota imprecisa pero necesaria después de haber respirado tanta precisión. Únicamente en el silencio se sabe realmente lo que se quiere, y cada emoción acaba encontrando su propio lenguaje.

(CASIMIRO baja de la hamaca de hilo donde estaba tumbado. Lleva un pantalón bombacho negro y cubre su torso con una camiseta larga blanca.)

CASIMIRO.- Se guarda un minuto de silencio por la pérdida de una persona; dos minutos de silencio por el hambre en el mundo; tres minutos por el desastre ecológico; cuatro por ese sentimiento de rabia cuando no se puede hacer más de lo que se hace; y así hasta tres días para sentirse totalmente comprometido con todo lo que nos rodea. La terapia curativa de tres días de silencio da mucho de sí: se avistan por el aire centenares de sutiles pensamientos anónimos que, sin darte cuenta, te los puedes llegar a comer si vas con la boca abierta por la calle.

(CASIMIRO apunta con su mirada hacia el televisor que se ha quedado encendido. Coge el mando a distancia y lo apaga.)

CASIMIRO.- Roto el silencio y para hacer frente a la rutina lo mejor es renunciar a algo. Y voy a empezar cargándome "Corazones delirantes buscan qué", mi programa favorito de la tele. ¡Qué horror! Hemos crecido juntos, ellos como presentadores horteras y yo como sumiso espectador ansioso de tener un mundo visual propio. Pero con el tiempo he dejado de necesitar sus constantes cotilleos y rumores inexistentes que no han llegado nunca a completar una verdad en todos estos años. Ellos ahora, todavía, se pueden ayudar de retoques plásticos para seguir estando presentables, pero yo como espectador insatisfecho no tengo ninguna prótesis que me ayude a no torcer mi boca vea lo que vea por la tele. Tan sólo la voluntad del hombre del tiempo empeñado en acertar.

(CASIMIRO cubre la televisión con un trapo de color.)

CASIMIRO.- Pero lo peor de todo es que he sentido compasión por todos ellos y la compasión es un acto fallido de la bondad, aunque esto nunca llegue a saberlo el compadecido. Porque aspiro a ser una persona simplemente buena, y a acumular bondades como si fueran grandes fortunas. Por eso, de ninguna manera este sentimiento se lo puede permitir mi exigente formación humana y académica.

(Se calza unas zapatillas y enciende un pequeño equipo de música situado junto a la televisión.)

CASIMIRO.- Y hoy me toca poner mi cuerpo al día con *El Rap del Bicho Bien Informado*.

(Suena una música de fondo a la que CASIMIRO le pone letra.)

Me despierta un cotilleo a las diez:
Que mis sueños también los ha soñado un rey
Y la noche hay que repetir

Radio macuto, siglo XXI,
Un teólogo afirma que la Ética adelgaza
Qué pecado, qué pecado ese kilo de más

Un médico afirma que el hachís cura de todo
Póngase, póngase en manos de su camello

Quién dijo, con qué voz, que el mundo se acababa
Sé nacional, Sé Internacional, Sé de paso Dios
Y especula con todo.

Iluminados 5
Abducidos 0

Sobran Dioses en el cielo
Y creyentes en la tierra
¿A qué hora y dónde
quién creará a quién?

Contrato basura a la una
Comida basura a las dos
Telebasura a las tres

Y sé un Bicho bien Informado.

Ingenuo x
El refresco que te hará tragar y tragar.

La Revolución tiene su web. Paga y navega
Que no cubre

Qué más da si el planeta se enfría
Ponte silicona en la otra mejilla
Y sé un Gran Hermano

Si el planeta se calienta
No huyas, ¿pa qué?
Si los ídolos y el sexo
Van tirando como siempre.

La Ley ya no engancha
Está a la baja
Cómprate una autopista on line

Radio macuto, siglo XXI,
¿Qué quieres ser?
Lo que quieras, tu propio rumor
Pero véndelo bien.

¿Qué quieres hacer?
Mañana sólo vota por ti
Que algo ya conoces.

Contrato basura a la una
Comida basura a las dos
Telebasura a las tres
Y sé un Bicho bien Informado

Escena III

Nuevo encuentro padre e hijo

CASIMIRO reposa en la hamaca después del rap que se ha metido. Entra su padre, D. FERMÍN, con cierto siglo.

FERMÍN.- ¿Casimiro?

CASIMIRO.- ¿Sí?

FERMÍN.- Soy tu padre.

CASIMIRO.- ¿Qué haces aquí a estas horas de la mañana, papá?

FERMÍN.- ¿No te lo ha contado tu madre?

CASIMIRO.- No. Nunca me ha contado nada de ti. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

FERMÍN.- Verás hijo, estas cosas suelen pasar, aunque nunca las esperas.

CASIMIRO.- Si te ha ocurrido algo que sólo podría ocurrirle a una persona en este mundo, estoy deseoso de saberlo.

FERMÍN.- Me acaban de jubilar anticipadamente, a los cincuenta y cinco años.

(CASIMIRO se incorpora lleno de alegría.)

CASIMIRO.- ¡Papá, esa noticia es maravillosa, por fin lo has conseguido!

FERMÍN.- Bueno en este caso yo he hecho muy poco, casi todo lo ha hecho la empresa.

(CASIMIRO le estrecha cordialmente la mano a su padre.)

CASIMIRO.- Ya era hora de que hiciera algo por ti. Bienvenido al club de los parásitos, papá. ¿Has contado ya las neuronas que te quedan útiles? Este dato es importante.

FERMÍN.- ¿Cómo dices?

CASIMIRO.- Ponlas a remojo. Mamá te lo agradecerá. Era una broma. Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora?

FERMÍN.- No lo sé.

CASIMIRO.- Puedo darte algunas ideas. Lo primero es hacerte con un buen Currículo, ya sabes.

FERMÍN.- A buenas horas. Cuando yo empecé a trabajar el currículo era el nombre y los apellidos, el que los conocía.

CASIMIRO.- Ahora no es muy diferente en algunos casos. Pero los tiempos han cambiado. El Ocio viene con fuerza y los ociosos comienzan a ser un estrato social cada vez con más competencia. Hay que pelear para disfrutar de lo que uno quiere.

FERMÍN.- No sé si quiero disfrutar de algo. Tu madre ha dicho que como voy a estar más tiempo en casa que te vea con más frecuencia.

CASIMIRO.- Eso es fantástico. Podrás ser testigo de mis avances.

FERMÍN.- Ya. ¿Qué haces ahora?

CASIMIRO.- Esperar a que alguna empresa necesite de mis servicios.

(CASIMIRO coge su currículum que está sujeto con una chincheta a la pared.)

FERMÍN.- ¿A saber qué les ofreces?

CASIMIRO.- De momento que lean mi historial. Este es el último, aunque todavía tengo tiempo de añadir algo más.

FERMÍN.- ¿Algo más? Tienes treinta y tres años me ha dicho tu madre. ¿A qué esperas?

(CASIMIRO le entrega su currículum.)

CASIMIRO.- Ahí está todo lo que soy y quiero seguir siendo. Pero me falta por poner lo que uno puede llegar a ser en las condiciones idóneas. ¿Qué opinas de esto, papá, tú que has trabajado lo tuyo?

FERMÍN.- Sólo se puede llegar hasta donde te dejen llegar. Y me parece que a tu edad ya no se puede pedir demasiado. Te tendrás que conformar con cualquier cosa.

CASIMIRO.- Si me conformo con cualquier cosa a mi edad, ¿con qué te has tenido que conformar tú, papá, para que aún así te jubilaran? Si no lo hubieras hecho, tal vez tú podrías haber elegido el día y la hora de tu jubilación.

FERMÍN.- Qué fácil lo ves tú desde fuera, pero lo mío es diferente. Mi imagen se ha visto perjudicada por el cambio de siglo, que ha descolocado el espíritu de las empresas, y

para colmo mi perfil se ha quedado nebuloso y desmotivante.

CASIMIRO.- Nebuloso y desmotivante, qué términos más humillantes, papá. ¿Qué te parece el mío?

(FERMÍN comienza a leer su currícul.)

FERMÍN.- Licenciado en Filosofía y Letras.

CASIMIRO.- El sentido de la vida, la muerte que nos interesa, los placeres a los que nos dejamos someter, la voluntad que intentamos conseguir, el caos, la verdad y la mentira.

FERMÍN.- Todo esto lo hiciste sin mi permiso.

CASIMIRO.- Te lo pedí muchas veces, pero nunca estabas. Mamá lo puede asegurar que venía conmigo.

(La boca y la nariz de CARMINA asoman por la ventana más pequeña.)

CARMINA.- Pues claro que nunca estabas, por desgracia. Lo bien que te hubiera venido que el Niño te contara lo que venía a contarme a la cocina. Me hablaba de Sócrates, de Platón, de toda esa pandilla, y me hablaba tan bien de ellos que cuando hacía la comida pensaba más en ellos que en ti, fíjate lo que te digo.

FERMÍN.- Por eso me sobraba tanta comida y se aprovechaban de ello mis compañeros de trabajo.

CARMINA.- Y mira cómo te lo pagaron: raciones extra de comida a tu costa, siempre haciéndoles favores, y para cualquier chanchullo que se les ocurriera siempre te tenían a ti. ¿Y para qué? Ya podías haber colocado a tu hijo.

(El rostro de CARMINA se esconde.)

FERMÍN.- Le propuse en una ocasión un trabajo temporal de mensajero, ¿no lo recordáis?

CASIMIRO.- No lo recordamos, papá, porque era una invitación para otro hijo que viviera en otra familia. ¿No te dabas cuenta que en esa época de mi formación ir por ahí en

sentido contrario, saltándome los semáforos, atropellando ancianos y niños, y sin un casco que cubriera mi identidad, no era un nivel de supervivencia a la altura de mis expectativas?

FERMÍN.- ¿Y me quieres decir entonces para qué has estudiado un curso de Astronomía?

CASIMIRO.- Para estudiar las estrellas y comprobar que en el universo los planetas tienen su espacio para crecer. Pero lo más bonito de todo es la actitud necesaria para encontrar cada uno su sitio en el cielo.

(**CARMINA vuelve a aparecer por una ventana.**)

CARMINA.- Y para que lo sepas, tu hijo ya lo tiene.

FERMÍN.- Me alegra saberlo, pero me hubiera conformado con que hubiese visto la luz divina y se hubiera metido a sacerdote como su tío Germán.

CARMINA.- Ya te hubiera gustado a ti estar exento de penitencias.

FERMÍN.- ¿Y esto de Taller de Creatividad en el Espacio?

CARMINA.- Eso te lo puedo explicar hasta yo. Consiste en variar la actividad en un sitio habitado frecuentemente. Yo hago en la cocina mis ejercicios de relajación. Y es más, estoy pensando que ahora que vas a estar más en casa nos van a sobrar muebles; necesitamos mantener cada uno nuestro espacio.

(**CARMINA se vuelve a esconder.**)

FERMÍN.- Menos mal que me han jubilado hoy; si no, mañana duermo en la calle. (**Leyendo.**) Dicción, Oratoria y Poesía en la Escuela de Letras. ¿Vas a pedir trabajo en verso, Casimiro?

CASIMIRO.- Es un ejercicio para acentuar lo que se quiere por encima de otras cosas. Escribir una poesía al día para desconectar y recuperar autoestima es infalible. Lo propuse como método, pero de momento nadie lo ha incluido en su protocolo de intenciones de la empresa.

FERMÍN.- (Lee.) Y Desarrollo Humano en el Ocio.

CASIMIRO.- Para dar más importancia a los tiempos no trabajados que a los mal trabajados. Hay una diferencia importante.

FERMÍN.- Ya. ¿Y la expresión corporal y la danza?

CASIMIRO.- Para que nuestro cuerpo acepte las cosas de una forma más natural, y eso te da siempre alguna ventaja.

FERMÍN.- Está bien, está bien. ¿Y todas estas mariconadas para qué?

CASIMIRO.- Para poner un poco de cordura en esta familia del siglo XXI. ¿Olvidas que durante un tiempo le hiciste el trabajo sucio a ese impresentable del sindicato de sanidad?

CARMINA.- Aparece por la ventana más grande.

CARMINA.- Le vendías coronas de flores en las urgencias de los hospitales.

CARMINA.- Desaparece.

FERMÍN.- Sólo fueron unas semanas.

CASIMIRO.- Las coronas las guardabas en casa, papá. "Fuiste único", "Habla en la nada", "Para qué sirve luchar", "Te seguiremos". ¿Recuerdas estos epitafios?

FERMÍN.- "Ya no queda tiempo para aprender", te faltaba ese.

CASIMIRO.- Tan sólo necesito algo extravagante. Estoy pensando hacer un Master de Cine sobre psicópatas, y ya son un género, como las películas del Oeste. Ya sabes, arrebataban sus miedos y sus carencias a punta de pistola. El psicópata urbano hace lo mismo. La psiquiatría no ha podido con estos géneros cinematográficos.

FERMÍN.- ¿Y dime qué experiencia laboral tienes?

CASIMIRO.- Momentos a punto de ser trabajados, más concretamente tres.

FERMÍN.- ¿Qué quieres decir?

CASIMIRO.- No aceptaron mis condiciones de trabajo. Antes de comenzar la jornada de trabajo hay que hablar de las impresiones del día anterior. Tampoco aceptaron mi propuesta de sorprender a sus clientes con escenas mágicas, inesperadas. Ni la de realizar una acción efímera para liberar tensiones a media jornada. Ni la de decorar las paredes con colores primarios.

FERMÍN.- Me ha tenido que salir raro el Niño. Te voy a resumir los movimientos fundamentales de un currito para tener cubiertas sus necesidades básicas y no perder el norte: copazo de anís a las ocho de la mañana, mirada más que primaria al culo de una tía buena; eficiencia la justa para dejar caer que no eres imprescindible, bocata cuantioso y lo más prolongado posible, escaqueo a la mínima y el pelotazo de la tarde para poner a parir al jefe.

CASIMIRO.- Papá, yo no bebo ni como bocatas, y sí aspiro a ser imprescindible.

FERMÍN.- Así es difícil transmitir las enseñanzas de un padre a un hijo. ¿Te puedo preguntar a cuántas empresas has enviado tu perfil?

CASIMIRO.- A cien, número redondo.

FERMÍN.- Imagino que a empresas en suspensión de pagos o a punto de ser absorbidas por otras, o tal vez a empresas muy felices que se pueden permitir el lujo de tener algún jefe de personal que les haga gracia tu caso, de esos que buscan palabras, ya me entiendes, como "perfil nebuloso y desmotivante" y que optimizan y optimizan personal antes de reconocer que son ellos los que sobran.

CASIMIRO.- Por eso espero que el mercado de trabajo se ponga a mi altura.

FERMÍN.- Lo hemos dado todo por ti, hijo.

CASIMIRO.- Y eso es lo que he hecho, cumplir como hijo y hacerme con una formación exquisita, única y espectacular. Es mi forma de abrirme un hueco en la sociedad.

FERMÍN.- De momento toda esa formación que dices tener te equipara a la de un muerto de hambre.

CASIMIRO.- Mi puesto de trabajo se irá creando conforme me vayan conociendo. Es cuestión de saber esperar. Entretanto, disfrutemos de tu situación, papá. Has conseguido que esta familia sobreviva de forma natural, dejándose existir. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

FERMÍN.- No, y ni quiero saberlo.

CASIMIRO.- ¡Felicidades de nuevo, papá!

(Oscuro.)

Escena IV

Primer día de ocio de don Fermín

FERMÍN está buscando por la casa a su mujer.
CARMINA.

FERMÍN (Voz): ¿Carmina, dónde estás?

(FERMÍN aparece sigiloso en la penumbra, con el teléfono en una mano y varios periódicos en la otra. Se sienta en una silla.)

FERMÍN.- Mejor que no se entere.

(Abre uno de los periódicos y marca un teléfono.)

FERMÍN.- ¿El Señor Altozano, por favor?

(CASIMIRO, que descansa en la hamaca de hilo situada en el lado izquierdo, responde medio dormido de forma automática.)

CASIMIRO.- El señor Altozano viaja los martes y los jueves, ¿quién le llama?

FERMÍN.- Era por lo del anuncio del periódico, pero no tengo prisa.

(FERMÍN cuelga y llama a otro anuncio de trabajo.)

FERMÍN.- Buenos días, ¿Está Alonso?

CASIMIRO.- No, aquí ya no hay ningún Alonso. Marque el 552.24.83.

(FERMÍN vuelve a marcar.)

FERMÍN.- ¿Alonso?

CASIMIRO.- No, Alonso ya no trabaja aquí. Si llama por lo del anuncio, ¿le importaría responderme a algunas preguntas?

(FERMÍN separa el auricular de su oreja y comprueba que lo que escucha por teléfono es lo mismo que sale por la boca de CASIMIRO. Se acerca hasta donde descansa su hijo.)

CASIMIRO.- Y nuestro departamento de selección de personal se pondrá en contacto con usted.

(FERMÍN cuelga bruscamente el teléfono y CASIMIRO se despierta de su propia pesadilla.)

FERMÍN.- ¿Cómo es posible?

CASIMIRO.- ¡Papá, qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí? Son las ocho de la mañana y tú deberías de levantarte después que yo.

FERMÍN.- ¿Te las sabes?

CASIMIRO.- ¿De qué hablas?

FERMÍN.- De las ofertas de trabajo del periódico.

CASIMIRO.- Son las ofertas de trabajo con las que he crecido como demandante de empleo. Anda, vete a la cama.

FERMÍN.- Aquí he visto cuatro trabajos hechos a mi medida.

CASIMIRO.- ¿Qué haces buscando trabajo? Lo tienes prohibido. ¿Lo sabe mamá?

FERMÍN.- Ella no tiene por qué enterarse. Además no la encuentro.

CASIMIRO.- Búscala. Estará haciendo alguno de sus viajes mentales.

FERMÍN.- ¿Viajes mentales?, ¿no le habrás enseñado tú esas cosas?

CASIMIRO.- No, mamá, como otras mujeres no muy contentas con su desarrollo como madre y mujer casada, está como loca buscándose a sí misma.

FERMÍN.- Ya, ¿pero dónde?

CASIMIRO.- Papá, déjame dormir.

FERMÍN.- Me jubilan, y me entero que mi mujer se evapora viajando mentalmente, ¿qué está pasando en esta casa?

(FERMÍN descuelga el teléfono y vuelve a llamar a un nuevo anuncio.)

FERMÍN.- ¿La señorita Beatriz, por favor?

CASIMIRO.- Papá cuelga, la señorita Beatriz no existe, murió hace dos años. Han dejado el anuncio puesto como detalle de condolencia de la empresa; le debían un año de sueldo.

(FERMÍN vuelve a ojear el periódico.)

FERMÍN.- Esta empresa busca personas con más de veinte años de experiencia.

CASIMIRO.- Preséntate en la calle Esparteros 23, de 11 a 1, con una foto de cuerpo entero. Allí solamente buscan pringaos. Te hacen competir con chavales jóvenes para humillarte y enviarte después al psicólogo de la empresa que te cobra una pasta por sesión.

FERMÍN.- Rápidos beneficios en una semana.

CASIMIRO.- Señores Marín padre y Marín júnior. Con esa familia de especuladores ganarás dinero, ¿pero vas a enriquecer a un mal nacido a estas alturas, papá?, ¿dónde queda tu compromiso social?

FERMÍN.- Imagino que se lo ha quedado la empresa.

CASIMIRO.- Tienes que tener paciencia con tu nueva situación, papá. Tal vez al principio te sientas extraño, un inútil total, tus pensamientos comiencen a ser cada vez más retorcidos, inesperados e incomprensibles para ti mismo, pero no pasa nada, es una fase de depuración de tu organismo como currito. Piensa que ahora tienes una

oportunidad de cambiar tu vida, papá, úsala y déjame dormir.

(Aparece CARMINA.)

CARMINA.- ¿Qué haces con esos periódicos en la mano, Fermín?

CASIMIRO.- Papá, que le ha entrado el mono y buscaba trabajo.

CARMINA.- Que no me entere yo de eso. Y menos que molestes al Niño a estas horas.

FERMÍN.- ¿Y qué hago? No puedo dormir pensando que llego tarde al trabajo. No soy como tú que te vas por ahí buscándote a ti misma, me dice tu hijo.

CARMINA.- Hoy te voy a dar tarea. Te vas a venir conmigo a hacer la compra, y vas a conocer a mi pollero; jamás un hombre le ha sacado tantos matices sexuales a las palabras pollo, huevos y tortilla. Y hoy que vienes conmigo intentará lucirse y buscará tu complicidad. Sonríele y te cortará la pechuga con tanta ternura que lo notarás al comértela, eso dice.

(Oscuro.)

Escena V

El niño necesita un padrino

Suena el teléfono. FERMÍN entra corriendo periódico en mano, pero se adelanta CASIMIRO a cogerlo.

CASIMIRO.- ¿Dígame? No, se ha confundido.

FERMÍN.- ¿Es para mí?

CASIMIRO.- No, será un error, en esta casa ya no viven afortunadamente personas dispuestas a ser explotadas por Industrias Camacho; que le he colocado esa voz que tiene de serpiente sibilina señor Camacho. Madruga a la caza de

incautos que quieran pasar períodos de prueba insuperable y sin cotizar a la seguridad social. Con la pasta que tiene ya se podía haber gastado el dinero en un buen logopeda para que arregle sus problemas con la ese. Usted mismo se oiría de otra manera y tal vez le sonaran mejor otras condiciones de trabajo más saludables. Ha sido una chiquillada lo de mi padre. Le divierte anunciarse, sí, lo echa de menos, pero acaba de arrepentirse. Esta casa ya está muy trabajada, señor Camacho.

(CASIMIRO cuelga el teléfono.)

CASIMIRO.- Papá, el periódico.

FERMÍN.- Me hacía ilusión que me llamara alguien.

CASIMIRO.- Y encima te ofreces como si hubieras trabajado toda la vida sin dar ni golpe. ¿Te das cuenta de la cantidad de empresarios que pueden tenerte ganas? Eres un peligro.

FERMÍN.- Sentía la necesidad de revancha.

CASIMIRO.- Olvídalo, papá. Eso me toca hacerlo a mí, pero tengo que velar por mis intereses, y este número de teléfono es inmaculado. Lo he cambiado ya dos veces para evitar que cayera en las bases de datos más cutres del mercado.

(CASIMIRO se deja caer sobre su hamaca de hilo. Por la ventana más grande irrumpe medio cuerpo de CARMINA tumbada boca abajo en una camilla.)

FERMÍN.- ¿Qué haces, Carmina?

CARMINA.- Mis ejercicios de relajación.

FERMÍN.- ¿Y tienes que hacerlos en la cocina?

CARMINA.- Precisamente por ser un hábitat hostil, aquí me ayudan a poner la mente en blanco y no pensar en nada.

FERMÍN.- Ahora entiendo por qué comemos tan mal últimamente.

(FERMÍN sale.)

CARMINA.- ¿Qué quieres decir? Tu dieta ahora es sencilla, Fermín, más light, no es necesario incluir el sudor grasiento de mis horas de cocina que llevaba tu dieta cuando rendías lo que se esperaba de ti. Ahora ya no tienes esa necesidad, solamente tienes que preocuparte de que existo y vaya teniendo lo que necesito. Aprende a ser más liviano y únete a la armonía que se respira en esta casa. Es más, no hace falta que estés de pie, puedes tumbarte todas las veces que se te antoje.

(FERMÍN asoma su rostro por una de las ventanas.)

FERMÍN.- ¿Y qué hago tumbado si tu hijo no me deja ver la tele? Asegura que los espectadores pasivos terminan alimentándose únicamente de insatisfacciones.

CARMINA.- No le hagas mucho caso. Tienes que hacer un esfuerzo por entenderle y ayudarle.

FERMÍN.- Tenemos que intentar que salga de casa, colocado o sin colocar, o nos echará a nosotros argumentando cualquier disparate.

CARMINA.- Ahora no puede. Está esperando llamadas de trabajo.

FERMÍN.- Tendremos que buscarle un padrino.

CARMINA.- ¿Ahora un Padrino?

FERMÍN.- Antes de que entre el Niño y tu dieta light pierda toda la mala leche que siempre he tenido.

CARMINA.- A buenas horas. ¿Cuántas amistades dejamos de frecuentar y algunas de ellas influyentes en esos pocos años en los que fuiste una persona considerada?

FERMÍN.- Cuando uno se siente sobrado tiene que marcar la diferencia.

CARMINA.- Claro. Tú estabas sobrao por méritos propios y el resto según tú eran personas con el defecto de haber tenido suerte. Pero si hubieras pensado en tu familia nos podríamos haber beneficiado de esa suerte, porque la suerte también se pega, Fermín. Y en cambio ahora es tu hijo el que piensa por nosotros y ya estás viendo de qué manera. Ahora sólo podemos andar sobraos de esperanza, ¿verdad, Fermín?

FERMÍN.- Tendremos que pensar en la familia.

CARMINA.- ¿En cuál de ellas pensamos, en la tuya o en la mía?

FERMÍN.- En la tuya.

CARMINA.- Pensemos en los que menos pueden hacer, tus hermanos gemelos desaparecidos Álex y Valentín.

FERMÍN.- Sí, y ya va para dos años.

CARMINA.- ¿Dónde se habrán metido? Qué extraño. Funcionarios, solteros, que han explotado su condición de gemelos hasta la enfermedad, y un día se van de vacaciones y desaparecen.

FERMÍN.- Bueno, cuando cogemos las vacaciones siempre se piensa en no volver. Pero mis hermanos lo han cumplido. Estarán haciendo algo gordo; son capaces de haberse convertido en jefes de alguna tribu de África o de Oceanía. Están convencidos de que son el superhombre dividido por dos.

CARMINA.- Bueno, algo le tocaría a nuestro hijo de todas formas. ¿Y de tu hermana Teresa, la mantenida de lujo, qué...?

FERMÍN.- Sí, desde que pilló con ese ingeniero que no la deja trabajar ha perdido toda la motivación.

CARMINA.- Sólo chupa caramelos, se infla a embutidos y se desmaya en cualquier celebración con tal de no estar de pie. Hace dos años le pedimos una foto y todavía no la ha encontrado. Si le pedimos algo para nuestro hijo seguramente no volvamos a verla más. ¿Y el ingeniero, qué...?

FERMÍN.- El último puente que construyó se vino abajo en diez horas.

CARMINA.- ¿Pero cómo ha podido tu hermana liarse con un individuo tan completo: facha, celoso, borracho y forrado de dinero?

FERMÍN.- Según dicen, una cosa lleva a la otra, pero no sé en qué orden, Carmina.

CARMINA.- ¿Y a tus primos los rentistas?

FERMÍN.- A esos ni tocarlos. Para cuando el Niño se case.

CARMINA.- Sí, claro, ya le alquilarán a nuestro hijo, y como favor, cualquier piso de esos que compraron con inquilinos y animales dentro.

FERMÍN.- Tienen por lo menos cuatro.

CARMINA.- Estamos en inferioridad de condiciones, no tenemos información privilegiada como tiene cualquier familia. En todas las familias hoy en día alguien conoce a alguien, alguien suele hablar de que conoce a alguien que le va a preguntar a otro alguien, pero tienen por lo menos a alguien. Nosotros...

FERMÍN.- A tu hermano el sindicalista, "cuarto kilo de Lenin", ya sabes, trabajitos de voluntario para todo el mundo y quedar como Dios socialmente, pero los chollos golosos y bien pagados se los trajina él solito. El se encarga de hacernos creer que nos ayuda siendo miembro de esta familia; por eso tiene que quedar claro que siempre estarán primero los más desfavorecidos de la sociedad. Total, que siempre estaremos en deuda con él.

CARMINA.- Nosotros ya no le debemos nada, me lo dijo un día.

FERMÍN.- Es un listo. ¿Y tú primo el psicópata? Sólo le pedimos una tarde que nos buscara una chica para cuidar del Niño y, qué coincidencia, nos envió a una de sus futuras víctimas.

CARMINA.- Menos mal que nos enteramos a tiempo, yo no sabía nada. Y no quiero ni pensar que algo del Niño venga de familia.

FERMÍN.- Está claro que el Niño es producto de la genética, pero de la más chungu, la adulterada. Sólo nos queda tu hermano, Carmina.

CARMINA.- ¿Germán?

FERMÍN.- Sí.

CARMINA.- ¿Estás loco? Se cree un elegido de la justicia divina.

FERMÍN.- A ratos se cree más normalito.

CARMINA.- Nunca se aprovecharía de sus pecadores para interceder por alguien, ya lo sabes.

FERMÍN.- Siente debilidad por su sobrino y sabe que nunca le pediría nada que pudiera comprometerle.

CARMINA.- Siempre ha rezado por nosotros.

Escena VI

El padre germán y su secreto de confesión

FERMÍN y CARMINA están sentados en las sillas uno junto a otro. CASIMIRO descansa en su hamaca de hilo.

Entra el PADRE GERMÁN, hermano de CARMINA, vestido totalmente de negro y con una bufanda larga del Real Madrid colgando de sus hombros.

PADRE GERMÁN.- ¡Queridísimos hermanos!

CARMINA.- ¿Qué tal, Germán, cuánto tiempo sin verte?

(CARMINA se levanta de la silla para darle un beso y se vuelve a sentar.)

PADRE GERMÁN.- Qué raro, porque ahora todo el mundo asegura verme; me empiezan a llaman el espíritu sólido. ¿Qué os parece?

CARMINA.- ¿Qué haces con la bufanda del Real Madrid?

PADRE GERMÁN.- Ya ves, hermana, un reincidente de nueve años. Si no rezo por su equipo con la bufanda puesta me ha amenazado con cerrarme el confesionario; y me ha confesado que tiene métodos para hacerlo. Me asombra la facilidad con que se cuelan estos mocosos en el infierno.

FERMÍN.- Hola, Germán.

PADRE GERMÁN.- Hola, Fermín. ¿No son horas de trabajar?

FERMÍN.- Eran. Me han jubilado anticipadamente hace unos días, y sin avisar.

PADRE GERMÁN.- ¿Y cómo no me avisasteis inmediatamente? Eso merece una larga confesión.

CARMINA.- Nada de confesiones, Germán. Sabes que no le sientan bien, y se descompone con la poca fe que lleva encima.

PADRE GERMÁN.- ¿Y cuál ha sido el motivo?

FERMÍN.- ¿Se puede perdonar que jubilen a un trabajador sin rematar porque su imagen no estimula?

PADRE GERMÁN.- Eso que yo sepa de momento no tiene perdón.

FERMÍN.- Te imaginas, Germán, que esto mismo te ocurriera a ti, que te dejaran de suplente porque tu imagen aburriera, el tono de tu voz no convenciera, el índice de audiencia de tus misas fuera decreciendo, o lo que es peor, que se fueran en mitad de la misa creando la sombra del ateísmo.

PADRE GERMÁN.- Lo he imaginado Fermín, lo he imaginado. Y te voy a decir más: me he llegado a imaginar oficiando misas a altas horas de la madrugada. Pero si nada lo remedia me temo que esto de la imagen va a ser el mayor pecado de este siglo. Hablaré de tu dolor en el Vaticano.

(El PADRE GERMÁN se sienta en una especie de baúl que hay en un rincón.)

CARMINA.- Ni se te ocurra, Germán, no me lo vayan a convertir en mártir, que es lo que me faltaba.

FERMÍN.- No te apures, Carmina, antes tendría que dilucidar el Vaticano qué tipo de penitencia merecería este pecado y eso sí que debe de ser goloso.

(Irrumpe la voz de CASIMIRO.)

CASIMIRO.- La desnudez, sencillamente la desnudez, que sigue siendo la imagen peor tratada. Pasear desnudo y aplaudiéndose con las manos, ahí va esa penitencia; iba a aprender maneras naturales el infractor, además de sentir el enorme peso de una decepción tan brutal que jamás volverá a ser el mismo. La imagen esconde innumerables ejércitos de débiles.

PADRE GERMÁN.- Ah, esa respuesta no puede ser de otra persona que de Casimiro, mi sobrino favorito.

(El PADRE GERMÁN se acerca hasta CASIMIRO que le ofrece su mano.)

PADRE GERMÁN.- Qué brillantez. Este niño no para de crecer por dentro.

FERMÍN.- ¿Y no podría la Iglesia hacerse cargo de él?

PADRE GERMÁN.- Sí, la Iglesia anda por ahí buscando figuras. El día que menos te lo esperes el mismísimo Dios llama a tu puerta.

CASIMIRO.- Si acepta mis condiciones de trabajo, encantado de trabajar juntos.

PADRE GERMÁN.- ¡Ah, es genial! Plantándole cara al mismísimo número uno, ni más ni menos. Si por un casual apareciera el Divino jamás esperaría una respuesta así. Esa insolencia es fantástica.

(FERMÍN y CARMINA se levantan al mismo tiempo para llevarse al Padre Germán a un aparte y darle detalles de la situación familiar.)

CARMINA.- ¿Qué tal le ves, Germán?

PADRE GERMÁN.- Estupendamente. Sigue su curso, sólo necesita un poco más de tiempo.

FERMÍN.- ¿Más aún? Lleva treinta y tres años sin dar un palo al agua, se despierta a las diez de la mañana y hasta que le viene la primera palabra pasan dos horas, ¿cómo se motiva a un vago así?

PADRE GERMÁN.- Seguramente viva muchos años y eso le permite darse su tiempo, Fermín.

FERMÍN.- Pues para mí le quedan cinco asaltos como el que dice.

PADRE GERMÁN.- Disfrutar de sus cualidades, ahora que tu situación laboral te lo permite, Fermín.

CARMINA.- Si yo lo hago, Germán, pero nos falta información privilegiada para aconsejarle adecuadamente como tienen otras clases sociales.

PADRE GERMÁN.- Sí, bueno, cada uno tiene lo suyo. Esas otras clases sociales bastante tienen ya con ser cómplices en la revolución del pecado que se está produciendo.

CARMINA.- ¿De qué hablas, Germán?

PADRE GERMÁN.- El pecado se está sofisticando cada vez más, Carmina, y ya hay pecadores que se esmeran en confesar sus actos impuros de tal manera que parecen actos de caridad, y os he de reconocer que consiguen dárme la. Es más, en estos tiempos de frivolidad me forraría si revelara ciertas confesiones que llegan a mis oídos.

FERMÍN.- ¡Qué maravilla!, ¿Y qué te parecería, Germán, si el Niño conociera a alguno de esos personajes?

CARMINA.- Fermín, por favor. ¿Y qué se conseguiría con eso?

PADRE GERMÁN.- Bueno, hermana, con el tiempo he comprobado que para algunas personas saborear la maldad de cerca les sirve de excusa para mejorar. Es una lástima, pero es así.

FERMÍN.- Joder, que herede la mala leche que he tenido, Carmina.

CARMINA.- Háblale tú, Germán, para que salga un poco a la calle por lo menos.

(El PADRE GERMÁN se acerca sonriente a su sobrino.)

PADRE GERMÁN.- ¿No crees, sobrino, que deberías de salir más para aportar tu generosidad y que se beneficiara, tal vez, alguna chica? Te vendría muy bien para tu formación espiritual enriquecerte de nuevas situaciones.

CASIMIRO.- Ya las he memorizado todas, tío. Y salgo ganando. Por eso me siento por dentro como Dios. Es un privilegio ganado a pulso sentirse tan necesario como me siento y eso me obliga a mejorar. Por eso no me puedo exponer, tío, a verdades mal entendidas o a intereses basados en la inmediatez.

(FERMÍN hace un gesto de darse un tiro en la sien.)

CASIMIRO.- Un síntoma desconocido que viajara por mi cuerpo podría desbaratarme mi futuro. *El Rap del Síntoma Desconocido.*

(CASIMIRO enciende de nuevo su pequeño equipo de música. Comienza a sonar un ritmo de fondo al que CASIMIRO le pone su letra.)

¿Qué me pasa doctor
que me siento por dentro como Dios?
Síntoma desconocido
Que viaja por mi cuerpo
Y yo qué sé, y yo qué sé...

Cruzo y cruzo las calles sin mirar
Me expongo a la vida, a la muerte
Y el primero en la fila siempre voy
Liderando yo qué sé.
Masa informe, mediática y apática
Que me sigue a yo qué sé.

¿Qué me pasa doctor?
Me alimento de qué
Pero levito sin motivo
Me entierro con la tele
Y resucito como nuevo
Dieta inigualable
Para creencias detestables

¿Qué me pasa, doctor?
Genética rayada del siglo XXI
No va más, no va más.

Sueño despierto
Rindo a destiempo
Y baja la producción
No me preguntes por qué.
Sudo sin razón
Cuando pienso en explotar sentimientos de amor:
Me enamoro sin parar
 Qué deseo de acariciar
 Y me confundo de piel
 Me equivoco de emoción
 Y supero la tentación

Doctor, doctor
Para cuándo la baja laboral
Me sigue un club de fans
Hipocondríacos y poco más
Que quieren plagiar
Mi síntoma letal
Es un síntoma elegido

Dónde voy
Qué soy yo
Un síntoma vitoreado
Por el equipo triunfador

Escupo vanidad
Por exceso de verdad
Y cuando me llega la maldad
Desaparezco sin más

De qué va, doctor, de qué va
Que mi síntoma no va
De enfermedad común

Y me alimento de qué
Aire flatulento XXL
Humo generado por las manos
Que aprietan
Violencia yo qué sé.
Violencia yo qué sé.

Me gusta enmudecer
Cuando el agua sale azul
Nadar por el desagüe
Y subirme a la ola
Que me lleve hasta el mar.

Me gusta enmudecer
Cuando el viento sopla a cien
Y cuando el sexo coge luz

¿Qué me pasa por dentro, doctor
que me siento como Dios ?

Que estoy fuera del ranking
Del efecto secundario
Pues qué bien, pues qué bien

Soy su síntoma, doctor
Yo estoy curado y usted acabado
Y me alimento de qué
De mis nervios nunca usados
Tanta paz, tanta paz
Conseguirá ser un vicio
Tanta paz, tanta paz

Y yo qué sé..
Qué quiero ser:

Un extraño de a pie
Un país olvidado
Uno más en la Red
Una memoria elevada a tres
Una proteína tal vez
Que me haga
Cruzar y cruzar las calles
Sin mirar nunca atrás.

Una genética rayada del siglo XXI
Pero a cualquier hora del día
Tu Síntoma Amigo

Sintomatologíate
Sintomatologíate

(CASIMIRO **regresa cansado a su hamaca.**)

PADRE GERMÁN.- Vuestro propio hijo os canta su síntoma desconocido, que no es otra cosa que entregaros su corazón. Buscad ahora los vuestros. La Sintomatología puede ser una ciencia.

FERMÍN.- Mi síntoma es muy común, Germán: no lo soporto.

PADRE GERMÁN.- Busca otro menos común ahora que tienes tiempo.

FERMÍN.- ¿Dónde?

PADRE GERMÁN.- En tu familia sin ir más lejos, es nueva para ti, una desconocida. En cuanto te pongas a ello tendrás síntomas que te sorprenderán a ti mismo. Esta sociedad es sintomática y sólo mejora a través de esos síntomas desconocidos que aportan los amigos auténticos.

CARMINA.- Está bien, Germán, no te enrolles. Envíanos a esos pecadores pero uno a uno.

FERMÍN.- Y si es posible a los más discretos.

(**El PADRE GERMÁN se dirige a CASIMIRO para despedirse.**)

PADRE GERMÁN.- Probaré esta música en la Iglesia. Invitaré a mis pecadores que me cuenten los síntomas que les aturden, y hasta puede que me recicle.

CASIMIRO.- Lo vas necesitando, tío. ¿Me dejas que te confiese?

PADRE GERMÁN.- Ya sé que para ti soy un enigma, sobrino, pero me sigue costando enormemente tener algún pensamiento atroz, aunque todavía aspire a tenerlo, porque lo que es por palabra, obra u omisión mi expediente resbala de lo empalagoso que es.

CASIMIRO.- Está bien, tío, pero no olvides esto: ponte silicona en la otra mejilla y sé un gran hermano.

PADRE GERMÁN.- Lo he cogido, sí, lo he cogido, y es muy bueno y ellos también lo cogerán. Familia Mirón, os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(El PADRE GERMÁN se despide con una bendición.)

(Oscuro.)

Escena VII

La primera caricia en el peor momento

Aparece FERMÍN con una pequeña tumbona de playa que abre para sentarse y comenzar a hacer sus respiraciones profundas.

FERMÍN.- Lo que hay que hacer para que no te tomen por un estorbo.

(CASIMIRO se despierta por el sonido brusco de las respiraciones de su padre. Se levanta para dirigirse hasta él y comienza a acariciarle suavemente la cabeza. FERMÍN sorprendido tensa su cuerpo.)

CASIMIRO.- Te noto tenso para ser un trabajador que ha cumplido con su obligación.

FERMÍN.- ¿No te das cuenta que estoy intentando relajarme?

CASIMIRO.- ¿Cuántas veces te han acariciado así en treinta y tantos años de servicio?

FERMÍN.- Así ninguna.

CASIMIRO.- ¿Y por qué? Eso me preocupa.

FERMÍN.- ¿A qué viene esa pregunta, Casimiro? No me lées. Al trabajo se va a trabajar y no a otra cosa.

CASIMIRO.- Solamente te estoy tocando. ¿Acaso no crees necesario el sentido del tacto en el trabajo?

FERMÍN.- Sí, hay que trabajar con los cinco sentidos; nunca sabes por dónde te la pueden dar.

CASIMIRO.- Eso pensaba. Se ha publicado en una prestigiosa revista de salud laboral que los trabajadores se tocan físicamente muy poco con sus compañeros en el trabajo.

FERMÍN.- Porque casi nunca hay motivos para tocarse; sí para rozarse, y a me entiendes.

CASIMIRO.- Eso también me preocupa. ¿Cuál es tu experiencia, papá?

FERMÍN.- ¿Qué quieres que te diga? A mí sólo me han tocado para darme palmaditas en la espalda, y nunca he sabido con qué intención.

(FERMÍN realiza una nueva respiración profunda.)

CASIMIRO.- Y además de eso, ¿qué otras habilidades o virtudes que no tenías antes has desarrollado a lo largo de tu vida laboral?

(Se marca un prolongado silencio.)

CASIMIRO.- Y que de alguna manera me gustaría que me transmitieras.

FERMÍN.- ¿Te parece poco haber aguantado tantos años?

CASIMIRO.- Sabes que no voy a aguantar tanto como tú.

FERMÍN.- Eso no hay duda al paso que llevas.

CASIMIRO.- ¿Has aprendido tal vez a reconocer a un trepa a simple vista?

FERMÍN.- Bueno, la empresa suele hacer cursos de formación para mejorar al personal, eso dicen, pero yo creo que es para cotillear a gusto. Se hacen fuera del trabajo, esas horas no se pagan, y en alguno de esos cursos nos han soplado que juegan a cerrar los ojos, agarrarse de las manos e imaginar cosas. Creo que lo llaman "Actividad efímera laboral".

CASIMIRO.- Lo conozco, papá, forma parte de mi formación. ¿Y qué me dices de la traición de un compañero?

FERMÍN.- Eso se huele, hijo, pero te la clavan sin más el día menos pensado.

CASIMIRO.- ¿Y no crees que se evitarían alguno de estos sucesos si se realizaran más "Actividades efímeras laborales"?

FERMÍN.- Tonterías, cómo se nota que tú no has trabajado.

(CASIMIRO **deja inmediatamente de acariciarle y se distancia.**)

CASIMIRO.- ¿Recuerdas al pecador que nos envió ayer el tío Germán?

FERMÍN.- Sí, vaya elemento. Perdía saliva detallando maldades.

CASIMIRO.- Me gustó la eficacia de su pecado. Empresario de ambición al uso que decide contratar en su empresa exclusivamente a hinchas de su equipo de fútbol: 825 hinchas empedernidos. Y cada día se confiesa por cada una de todas esas discriminaciones. Su empresa va líder en el sector y su equipo líder en el campeonato. Los empleados pueden vestir en el trabajo la camiseta del club y hasta cantar el himno a media mañana. Y lo mejor de todo, para rematar el sistema de economía de mercado, es que tienen

trabajadores suplentes por si hay alguna baja ética. Y se les suele ver todo el día tocándose y abrazándose como los jugadores en el campo.

FERMÍN.- Pueden hacerlo porque son una afición y están siempre calientes. ¿Pero qué pasa con todos los que no tenemos afición que nos anime en nuestro trabajo? Se nos queda el rostro pálido, hijo. ¿Aprovechaste al menos para hablarle de ti a ese elemento?

CASIMIRO.- Tú sabes que lo mío nunca han sido las aglomeraciones.

FERMÍN.- Sí, eso es cierto, nunca has animado a nadie.

CASIMIRO.- Sólo he gritado dos veces en mi vida para decir mi nombre.

FERMÍN.- Podías haber gritado por tercera vez y tal vez te hubiera contratado para el equipo suplente.

(CASIMIRO vuelve a acariciar la cabeza de su padre.)

CASIMIRO.- Olvídalo, papá. ¿Has conocido la monotonía en tu trabajo?

FERMÍN.- Sí, la he sufrido. Llega sin avisar. Un día descubres que el trabajo que crees hacer bien por hacerlo igual todos los días comienzas a hacerlo cada vez peor, con desgana y sin posibilidad de mejorarlo. Y así, sin orgullo y sin ningún pudor, vas dejando mostrar tu incompetencia uno y otro día hasta que alguien hable mal de ti y decidan encargarte otro trabajo.

CASIMIRO.- Pero eso es terrible. ¿Y en qué se piensa?

FERMÍN.- En nada, porque ya se sabe que en esa situación los pensamientos nunca llegan. Aunque si llego a saber que estaba alimentando a un vago hubiera pensado en eso.

CASIMIRO.- ¿Y no se puede romper esa monotonía?

FERMÍN.- No se rompe porque para eso están los compañeros, para vernos las caras, y contarnos nuestras pequeñas miserias una y otra vez hasta descubrir el número de empastes que tienen cuando bostezan. ¿Y tú crees que después de eso quedan ganas para acariciarnos la cabeza entre los compañeros?

CASIMIRO.- Está claro que la monotonía son momentos mal trabajados y de esos momentos nunca

puedes llevarte nada, ni tan siquiera un enemigo para discutir.

FERMÍN.- Si algo creo que conseguí con los años fue a que nunca contasen conmigo en esos días donde se acumulan el trabajo y las decisiones.

CASIMIRO.- Ese detalle te ha llevado a ganarte ese perfil nebuloso y desmotivante. Hay que conseguir ser imprescindible pero sólo en los grandes momentos, que es donde se consiguen los galones.

FERMÍN.- Pero la definición de Jefe, según el estatuto de los trabajadores pringaos que nunca pueden delegar en nadie, es la siguiente: Persona cualificada y muy preparada físicamente que acostumbra a estar de viaje en los momentos decisivos, y aún así se lleva los galones.

CASIMIRO.- Eso también me preocupa. ¿Y entonces, papá, cuándo se siente realizado un trabajador?

FERMÍN.- Yo nunca lo he sentido. Por eso, si volviera a nacer creo que volvería a hacer lo mismo.

CASIMIRO.- Tiene mérito tu empeño, pero la única función del trabajo es realizarse como sea. Piensa que se pasa la mitad de nuestra vida en un espacio que no es nuestro. Por eso no hay que dar cuentas a nadie, y es una excusa perfecta para dar salida a todas aquellas manifestaciones de nuestra personalidad que no haríamos en nuestra vida normal, ésa que se supone vivimos con los cinco sentidos.

FERMÍN.- ¿Y para qué me cuentas todo esto si entre tu madre y tú ya no me dejáis trabajar?

CASIMIRO.- Para que conozcas mis auténticas intenciones. ¿Te ha gustado nuestro primer contacto físico?

FERMÍN.- Ha sido en el peor momento.

(FERMÍN no para de respirar profundamente.)

CASIMIRO.- ¿Qué hay de malo entonces en tomarse todo el tiempo del mundo en encontrar el trabajo adecuado si lo que se pretende es que saquen de una persona su máxima virtud? Y de no cumplirse esta condición, todo sería un gran disparate, desde la locura cotidiana que vivimos hasta la utopía en la que pensamos. ¿No te parece, papá?

(FERMÍN se ha quedado dormido y ronco.)

CASIMIRO.- Me tranquiliza saber que va aprendiendo a relajarse. Es un primer paso. En esta casa no se va a librar de realizarse por lo menos como miembro distinguido de esta familia.

(Oscuro.)

Escena VIII

Primera carta de la madre al presidente del gobierno

CARMINA.- Entra en el escenario oscuro con un atril en forma de luna iluminada. Comienza a leer una carta.

CARMINA.- Señor Presidente, señoras y señores diputados. Con su permiso y aprovechando estas horas de la madrugada me he permitido escribirles esta carta para hablarles de mi hijo. Se llama Casimiro Mirón, tiene treinta y tres años, un currículo que no le cabe una coma de lo completo que está, tiene buena presencia, aunque últimamente le noto más delgado, disponibilidad absoluta a cualquier hora del día porque ayuna si es necesario, soltero y sin compromiso, y fíjense que todavía no ha encontrado su primer empleo. El Niño no ha podido tener una infancia mejor; ha jugado todo lo que se puede jugar a esas edades y jamás se le ha puesto una mano encima, y mira que las ha hecho gordas. Sin darnos cuenta ha crecido, y asegura no tener ninguna prisa en encontrar lo que busca, cueste lo que cueste, porque él como joven coherente que es con la época que le ha tocado vivir, se acoge a la "sociedad del bienestar" que para eso la han creado ustedes.

Es muy exigente, de chico también lo era y no se va a trabajar con cualquiera porque su formación académica y humana no se lo permite. El tiene que tener su media hora de relajación para poner de nuevo el cuerpo en su sitio, su media hora de análisis de los momentos mal trabajados para no dejar nunca que entre en su ánimo el abatimiento. Lo mejor de todo es que me asegura que esto es buenísimo para la economía de cualquier país, por si quieren tomar nota y, por favor, no se me mal interprete, que yo no quiero

ningún enchufe ni de la Cámara Alta ni de la Cámara Baja, aunque deba de confesarles de pasada que estamos buscando un padrino, de influencia mediana para no estorbar mucho, porque un joven sin estudios se coloca de cualquier cosa, pero mi Niño con lo que lleva encima necesita un empujón. Ya veremos, porque en nuestra familia cada uno tira por su lado, y los últimos encuentros han sido con el luto puesto, y aunque el negro parece que ayuda a pedir favores, nuestro árbol genealógico va perdiendo hojas como el otoño y no hay donde rascar.

Mi hijo es un cielo, señorías, todavía me escribe poesías y me las pone debajo de mi almohada como el ratoncito Pérez. Pues claro que está perdiendo el tiempo, pero parece tan convencido y tan feliz haciéndolo, que es una maravilla verlo y, como madre, disfruto enormemente estando a su lado. Al paso que lleva me temo que no va a cotizar lo suficiente para tener una jubilación digna. Su padre y yo le dejaremos algo. A mi marido Fermín le acaban de dar la jubilación anticipada, a los cincuenta y cinco años, por un problema de imagen, por tener un perfil nebuloso y desmotivante, según dice la empresa. No sé si a ustedes les suenan estas cosas, pero si le vieran hacer por ahí alguna hora extraordinaria por la sordi, sin que yo me entere, por favor les rogaría que miraran para otro lado. Aunque no creo que lo haga porque ya empieza a hacerme caso, la dieta que tiene le está suavizando y también eso del bienestar social lo empieza a entender a su manera, eso sí no tan bien como mi Niño.

Mi hermano Germán, que es sacerdote, no sé si con buen criterio, nos ha enviado a casa a un grupo de pecadores escogidos de su cosecha para ver si el Niño cogía el aire a eso de "aprovecharse un poco de los demás en beneficio propio", algo muy normal en los seres humanos. Pero fíjense que el Niño, lejos de aturdirse, les sorprendió a los propios pecadores ampliándoles su horizonte de maldades. Y aunque conoce a la perfección todo lo que se puede hacer con el mal, su objetivo es acumular toda la bondad que pueda. No sé dónde ha podido aprender estas cosas porque sus amistades siempre han sido un tanto insípidas, de esas personas que les sientan en cualquier lado y dicen a todo que sí.

En fin, que se le ha metido al Niño en la cabeza ser feliz haciendo lo que le gusta. Por eso, señor Presidente, me dirijo a usted, ya que imagino que debe ser una de las pocas personas que es feliz haciendo lo que le gusta, para pedirle consejo de cómo podría estimularle, o simplemente dejarle que ustedes velen por sus intereses. Esperando que esto no

les lleve mucho tiempo, reciban un fuerte abrazo de una madre, ciudadana Carmina.

Escena IX

Repasando la lista de antiguos amigos

FERMÍN y CARMINA repasan un álbum de fotos.

CARMINA.- Qué jerséis tan bonitos llevaba siempre el Niño, se los hacía yo.

FERMÍN.- Anda, ese soy yo.

CARMINA.- Sí, y el jersey que llevas ahí puesto también te lo hice yo. Con el dinero que nos ahorrábamos en ropa, ¿por qué tenías que trabajar tanto? Cada vez lo veo más claro, Fermín. Todo ha sido una excusa. Nos casamos sin creer en la pareja.

FERMÍN.- Vale, Carmina. Tu hijo tampoco parece creer mucho.

CARMINA.- El todavía no ha tenido ocasión.

FERMÍN.- ¿Quién es esta chica que le come con la mirada a nuestro hijo?

CARMINA.- Angelita. ¿No te acuerdas de ella?

FERMÍN.- No. En esta foto ya sacaba pecho la niña.

CARMINA.- Todo ese pecho que tiene me lo debe a mí. Se venía por las tardes a merendar con Casimiro. Estaba colada por él. Aunque creo que le gustaban más los bocadillos de chorizo y la mantequilla de tres gustos. Hacía todo lo que se le pasaba por la cabeza. El Niño decía que estaba como una cabra.

(Se escucha la voz de la mismísima ANGELITA.)

ANGELITA.- (Voz.) ¿Me han llamado Familia Mirón? ¿Se acuerdan de mí? Soy Angelita, la compa de su Niño, Casimiro Mirón. ¿Sabe señora Carmina, que ya no hay mantequilla de tres gustos? Ahora es el *foi* de tres gustos.

FERMÍN.- Y me parece que lo sigue estando.

CARMINA.- Pero el Niño va necesitando una mujer.

(**FERMÍN y CARMINA se retiran con sus sillas hacia atrás. Angelita entra sigilosamente. Casimiro le recibe vestido con unos pantalones cortos, botas grandes, una gorra y unas gafas.**)

CASIMIRO.- ¡Hola, Angelita!

ANGELITA.- ¡Casimiro!, ¿Qué tal?

(**CASIMIRO le tiende la mano para que se acerque hasta él. Se besan. CASIMIRO coge rápidamente una silla para invitar a ANGELITA a que tome asiento mientras él permanece merodeando alrededor de ella.**)

CASIMIRO.- Bien, mejor que nunca. ¿Y tú?

ANGELITA.- No me puedo quejar. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

CASIMIRO.- Hace diez años, cuando era el hombre de tu vida.

ANGELITA.- Ah, sí, ya lo recuerdo. Y lo eras. Tenías todo lo que una chica pudiera desear. Bueno, casi todo.

CASIMIRO.- Supongo que te referirás a las dos mil pesetas que te dejé para comprar unas pizzas el último día que nos vimos, y que no me has devuelto todavía.

ANGELITA.- Tuve miedo. Como no tenías ni idea de lo que hacer con tu vida, decidí no perder mucho el tiempo.

CASIMIRO.- Tú tampoco lo sabías y eras dos meses mayor que yo.

ANGELITA.- Por eso me entró el pánico.

CASIMIRO.- ¿Y qué hiciste para que durante tanto tiempo no supiera nada de ti?, ¿estudiaste ciencias ocultas, submarinismo quizá...?

ANGELITA.- Me hice psicóloga.

CASIMIRO.- Es muy bueno para la salud conocer a fondo a los demás y no tener que conocernos a nosotros mismos.

ANGELITA.- Sí, es cómodo. ¿Y tú, ya sabes lo que quieres?

CASIMIRO.- A cada instante.

(ANGELITA se ajusta su vestido.)

ANGELITA.- ¿No me digas?

CASIMIRO.- No te asustes. Estudié Filosofía y Letras, dicción, oratoria, desarrollo y multiplicidad del ocio, expresión corporal, y preparo una tesis sobre el psicópata urbano como género cinematográfico.

(FERMÍN se levanta para manifestar su ira con el puño cerrado al haber escuchado de nuevo el disparatado currículo de su hijo. CARMINA le manda sentarse.)

ANGELITA.- Me has impresionado. ¿Sabes que me daba mucho morbo volver a verte?

CASIMIRO.- Me alegra que me confundas con otro. No obstante, es tan bonito conocer en nuestra ausencia los sentimientos que podemos llegar a generar en los demás.

ANGELITA.- Estos últimos años he sabido muchas cosas de ti a través de tus amigos. Se deprimían mucho cuando venían a verte.

CASIMIRO.- Me lo imagino, y por eso les perdono que no hayan vuelto a verme más. ¿Sabes algo de ellos?

ANGELITA.- Bueno, sí, al final me enrollé con todos ellos y terminaron en mi consulta.

(FERMÍN y CARMINA saltan de las sillas por lo que acaban de escuchar.)

CASIMIRO.- Vaya. Sin duda es la mejor manera que conozco de tener cerca a los amigos.

ANGELITA.- Se me escapó uno, Paquito Cerdá. Llegó a ser Director de Recursos Inhumanos de una importante multinacional, aunque según creo sus problemas son de igual categoría.

CASIMIRO.- Lástima, porque esos son los pacientes que te mantienen toda la vida. Y por curiosidad, ¿qué tipo de personas solicitan tus servicios?

ANGELITA.- Trabajador medio, titulación universitaria, ejecutivo, constantemente insatisfecho, y en la mayoría de los casos angustiado por no haber cumplido sus expectativas ni personales ni profesionales.

CASIMIRO.- Eso me preocupa. Entenderás por qué cuido tanto mi entrada en el mundo laboral. Tengo que evitar caer en tu consulta. Sería un gasto añadido que conociendo mi trayectoria no me podría permitir.

ANGELITA.- Ya.

CASIMIRO.- ¿Te casaste?

ANGELITA.- Lo intenté varias veces, pero siempre me eché para atrás.

CASIMIRO.- ¿Cómo es posible con la seguridad y autoestima que tienes que transmitir a tus pacientes?

ANGELITA.- Eso digo yo. Debe ser que se lo transmito todo a ellos y me quedo vacía. Es más fácil arreglarles los problemas a los demás.

CASIMIRO.- Te veo muy atractiva para llevar todo ese vacío por dentro.

ANGELITA.- El maquillaje y yo: pura terapia.

CASIMIRO.- ¿Y qué vas a hacer con los hombres que todavía te quedan por conocer?

ANGELITA.- No lo sé, tengo que pensarlo. Los necesito, pero cada vez más lejos. Busco una relación vaga, sin complicidad, no sé como explicarla, nebulosa y desmotivante a la vez...

(FERMÍN se levanta como una flecha para vigilar de cerca a ANGELITA.)

FERMÍN.- ¿Has oído, Carmina?

CARMINA.- Fermín, ven aquí.

FERMÍN.- ¿Y si el tipo ese que me despidió estuviera en tratamiento y fuera paciente de esta chica? Mi jubilación se podría revisar, ¿no te das cuenta?

CARMINA.- Deja de alucinar. Será una expresión usada entre los jóvenes. Y ven aquí.

(**FERMÍN** **regresa pensativo a su sitio.**)

ANGELITA.- ...tener la sensación de que el hombre que esté conmigo se sienta a la vez condenadamente solo; eso sería perfecto.

CASIMIRO.- Casi como hiciste conmigo. Ahora me devuelves las dos mil pesetas que te dejé y como si nuestro idilio hubiera durado diez años.

(**ANGELITA** **se pone de pie, y le entrega insinuosa un billete de dos mil pesetas.**)

ANGELITA.- Tómalas. ¿Y tú, no te has casado?

(**CASIMIRO** **se sienta en la silla negando con su cabeza.**)

ANGELITA.- ¿Ni has estado con nadie?

CASIMIRO.- Mucho peor, he estado conmigo mismo. Tengo que acumular bondad y felicidad para que mis descendientes no se tengan que preocupar de nada. ¿Te imaginas ser feliz desde el nacimiento hasta la muerte?

ANGELITA.- No. Pero me ha hecho ilusión verte.

CASIMIRO.- ¿Y el morbo que traías puesto?

ANGELITA.- Me lo vuelvo a llevar. ¿Nos veremos algún día?

CASIMIRO.- Por favor, dentro de diez años. Para entonces uno de los dos puede que se haya cambiado de sexo y ya tendríamos algo más de qué hablar. A no ser de que antes hayamos sido abducidos por el mismo ente.

(**Se besan. CASIMIRO** **vuelve a su hamaca. FERMÍN** **y CARMINA** **acompañan a ANGELITA.**)

CARMINA.- Angelita, hija, ahora que tú eres una psicóloga reconocida, ¿recuerdas alguna tara o frustración

que tuviera Casimiro de pequeño y que hubiese arrastrado hasta llegar adónde ha llegado? Ya sabes, amamos tanto a los hijos que no sabemos nada de ellos.

ANGELITA.- Lo dudo, porque si algo he cazado siempre al vuelo desde que era pequeña han sido las frustraciones del personal. Pero en el caso de su hijo no hay nada que hacer. Se ha preparado a conciencia y le ha salido un morro ejemplar digno del mejor cuidado. Les confieso, familia Mirón, que no me importaría ser la amante ocasional de su hijo, aunque no pasara de ser una nota de color añadida a su indiferencia, pero soy una profesional y la autoestima se cotiza en estos tiempos. Hasta la próxima.

(ANGELITA se **marcha.**)

CARMINA.- ¿Lo ves, Fermín, cómo no le pasa nada al Niño en su cabeza?

FERMÍN.- Eso es que no hemos tenido ninguna influencia negativa sobre nuestro hijo. Hubiera hecho lo mismo aunque hubiésemos sido unos padres responsables. Vaya a peso nos hemos quitado de encima, Carmina.

(**Oscuro.**)

Escena X

Una oportunidad llamada Paquito Cerdá

Entra CARMINA acompañada de PAQUITO CERDÁ, un amigo de toda la vida de su hijo CASIMIRO, convertido en un alto ejecutivo, a pesar de su aspecto un tanto descuidado.

CARMINA.- Mira quién ha venido a verte, Casimiro.

(CASIMIRO le recibe con un pantalón bombacho y una camisa larga blanca.)

CASIMIRO.- ¡Paquito!

PAQUITO.- ¡Casimiro!

CASIMIRO.- Déjame que te vea.

PAQUITO.- No me mires mucho que me puedo derrumbar en cualquier momento.

CASIMIRO.- Pero si estás en tu línea de decrepitud habitual, Paquito. No olvides que siempre te conformaste con llegar a los treinta a tope, y ya llevas tres de regalo.

PAQUITO.- Que me los podía haber ahorrado. Tú en cambio estás como siempre, ¿qué haces con el tiempo?

CASIMIRO.- Le dejo descansar y no le pongo muchos deberes. No olvides que yo quería llegar a los cien.

PAQUITO.- Parece que no hayamos crecido juntos. Te veo tan entero, casi virgen.

CASIMIRO.- Lo soy, en el fondo lo soy.

(Se funden en un abrazo. FERMÍN se lleva a CARMINA a un aparte.)

FERMÍN.- ¿Quién es éste, Carmina?

CARMINA.- Paquito Cerdá. ¿No te acuerdas de él? Su gran amigo del colegio, ha llegado muy alto.

FERMÍN.- Pues por su aspecto parece que le han bajado los humos muy rápido.

CARMINA.- Habrá tenido un mal día, pero tiene mucha influencia.

(D. FERMÍN Y CARMINA vuelven a sentarse.)

CASIMIRO.- Cuéntame, la última vez que nos vimos sólo te pedí que movieras mi currículum por ahí, ¿hasta dónde te has ido?

PAQUITO.- Ni yo mismo lo sé. ¿Cuánto ha pasado de eso?

CASIMIRO.- Por lo menos tres años, Paquito. Pero no importa. Te voy a dar uno más actualizado.

(PAQUITO se deja caer en una silla derrumbado.)

PAQUITO.- Soy un deshecho humano, Casimiro, lleno de deudas, desmotivado, sin saber a qué rango social pertenezco, y por si fuera poco mi mujer me chulea pidiéndome caprichos a cambio de sexo. Y como va a un gimnasio le gustan las posturitas.

CASIMIRO.- Pues estás tú para posturitas, Paquito. Pero a un gimnasio se va uno a machacar para enseñar luego el resultado en casa. Y si tienes pareja te toca posturitas.

PAQUITO.- Ya se me han acabado todas las excusas.

CASIMIRO.- ¿Y para qué las necesita todo un Director de Recursos Inhumanos de una importante multinacional?

PAQUITO.- ¿Quién te ha dicho eso?

CASIMIRO.- Angelita. Estuvo ayer aquí en casa.

PAQUITO.- ¿Y no te confesó que para quitarse años de encima de su pasado se ha enrollado con todos los hombres que tuvieron algo que ver contigo en los últimos diez años?

CASIMIRO.- Sí, pero no me lo vendió como método de adelgazamiento.

PAQUITO.- Según ella es un método de psicología avanzada infalible. Me persiguió, Casimiro, pero conseguí escaparme. ¿Se puede saber qué la has hecho?

CASIMIRO.- Precisamente nada. Será que tengo un ángel con mucho vicio y que conoce bien sus zonas erógenas. Hay gente hoy en día que esas percepciones ya las vive con mucha intensidad, Paquito.

PAQUITO.- No sé lo que habrá visto en ti, Casimiro, pero eres un fenómeno: has conseguido ser la motivación sexual de esa ninfómana. Nunca te faltarán amigos; qué envidia me das.

CASIMIRO.- Se supone que eres tú el que tienes que darme envidia.

PAQUITO.- ¿Tú sabes las presiones que recibo como Director de Recursos Inhumanos de una multinacional?

CASIMIRO.- Me las puedo imaginar casi todas.

PAQUITO.- He recibido presiones hasta de otros países para favorecer a ciertas personas. Y como adelanto de esos favores me han hecho partícipes de negocios oscuros sin mi

consentimiento, y mi lista de enemigos suma y sigue cada día.

CASIMIRO.- No hace falta que me expliques que no has podido hacer nada por mí en estos años. Lo entiendo. Es más, me siento culpable de que hayas llegado tan lejos en tu carrera.

PAQUITO.- ¿Muy culpable?

CASIMIRO.- Culpable de momento.

PAQUITO.- Eso me alivia.

CASIMIRO.- Si no te hubiera ayudado en algunos exámenes en el colegio...

PAQUITO.- Ahora no estaría tan desmotivado, ¿verdad?

CASIMIRO.- Y si no me hubiera presentado por ti a aquellas dos entrevistas de trabajo tan importantes no estarías arrastrándote de mala manera.

(Suenan los teléfonos móviles que PAQUITO lleva encima. Los va sacando uno a uno como si estuvieran envenenados. FERMÍN y CARMINA se aproximan para ver la tragedia.)

PAQUITO.- Ahí las tienes, cuatro disparates que no paran de llorar. Adelaida, mi socia para blanquear dinero, y de la que sólo conozco su susurrante voz erótica por razones de seguridad. Raquel, la secretaria que me organiza la agenda llena de encerronas, para que procure salir ileso como James Bond. Piluca mi mujer de veinte años que no para de pedir.

CASIMIRO.- ¿No me dijiste que tenía veinte años?

PAQUITO.- Al parecer me estaba esperando desde los dieciocho, no veas si es lista. Y este es el móvil de los marrones. Puede que sea Charlotte, una modelo de color que asegura tener un hijo mío. Desde este momento me doy por desaparecido y pido asilo político en esta familia veinticuatro horas.

CASIMIRO.- Papá, hazte cargo de los móviles.

FERMÍN.- Qué excitante, cuatro móviles cargados de vicio y corrupción.

CASIMIRO.- Escucha todos los mensajes que quieras, papá, pero por favor que no se te ocurra dar ninguna orden.

CARMINA.- Vamos, Fermín, a la cocina.

PAQUITO.- Necesito a alguien que me escuche. Todo el mundo me exige.

(CASIMIRO comienza a masajearle la cabeza como hizo con su padre días anteriores.)

CASIMIRO.- Han sacado lo peor de tu persona, Paquito. Lo mismo hicieron con mi padre. Pero todo tiene arreglo.

PAQUITO.- Necesito un recuerdo, Casimiro.

CASIMIRO.- ¿Recuerdas cuando descubrimos el sexo a los doce años en el colegio?

PAQUITO.- Sí, y toda la clase de 2º C de golpe. Fue un despertar colectivo. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me acaricia nadie?

(CASIMIRO deja de acariciarle.)

CASIMIRO.- ¿Qué puedo hacer por ti?

PAQUITO.- Cambiémonos nuestras vidas por unos días. Tú estás muy preparado. Sólo necesito que realices ciertos cambios y luego seguiré yo.

CASIMIRO.- Cada vez nos parecemos menos, Paquito, ahora no colaría.

(FERMÍN entra acelerado.)

FERMÍN.- Por favor, hijo, acepta por una vez en tu vida. Esto es una pasada y me ayudará a superar de una vez el mono del jubilado.

CARMINA.- Vuelve a la cocina.

(CARMINA se lo lleva a la cocina.)

CASIMIRO.- No puedo, Paquito, lo haría con mucho gusto, pero hasta que mi perfil profesional no salga en el mercado de trabajo no debo exponerme, y tú lo sabes.

PAQUITO.- Ya, lo entiendo. Pero se me acaban las oportunidades.

(CASIMIRO le hace entrega de su último currículum.)

CASIMIRO.- Toma, este es mi último currículum. Si consigues que yo llegue hasta donde quiero llegar, te rescataré de tu infierno respetable.

PAQUITO.- Está bien. Hablaré de ti en la primera comisión amañada que dirija.

(Aparece FERMÍN para entregarle resignado los móviles a PAQUITO.)

FERMÍN.- Tenga, los móviles ya han dejado de sonar. Qué fuerte, me he puesto al día de los trapicheos que no nos enteramos.

(PAQUITO se los guarda.)

PAQUITO.- ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

CASIMIRO.- Unas cuantas horas.

PAQUITO.- Espero que no se hayan olvidado de mí y comiencen a sonar de nuevo. Nos veremos, Casimiro.

(Se funden en un abrazo rápido. PAQUITO se marcha.)

CASIMIRO.- Suerte Paquito.

FERMÍN.- Qué oportunidad perdida, hijo.

CASIMIRO.- Tiene los días contados, papá. Alguien ya le habrá quitado el puesto. Unas cuantas horas en la vida de un trabajador de alto standing como Paquito da mucho de sí. Vamos a descansar un poco de tanto ajetreo.

(Oscuro.)

Escena XI

El exhibicionismo del niño

CARMINA está desnuda sentada en una mecedora leyendo una revista. **FERMÍN** aparece cabizbajo.

CARMINA.- ¿Qué pasa, Fermín?

FERMÍN.- Acabo de ver a tu hijo desnudo andando por la casa como si nada.

CARMINA.- ¿Y...?

FERMÍN.- ¿No te das cuenta que es una estrategia Carmina? Quiere desquiciarnos a toda costa para que huyamos de esta casa y quedarse con todo por abandono de hogar.

CARMINA.- ¿Fermín, qué tontería es ésa?

(**FERMÍN** en ese momento se percata de que **CARMINA** también está desnuda.)

FERMÍN.- ¡Carmina!

CARMINA.- ¿Qué?

FERMÍN.- ¡Estás desnuda!

CARMINA.- Pues claro que estoy desnuda. Si mi hijo se desnuda yo también, que para eso soy su madre, ¿no te parece?

FERMÍN.- No puedo creerlo. ¿Has cerrado todas las ventanas?

CARMINA.- ¿Para qué? Yo no tengo que esconder nada.

FERMÍN.- ¿Vas a medias con tu hijo, Carmina? He alimentado a dos exhibicionistas sin haber antecedentes en la familia.

CARMINA.- Siempre tiene que haber una primera vez. ¿Pero no te das cuenta, Fermín, que es una simple provocación de tu hijo?

FERMÍN.- ¿Qué quieres decir con eso?

CARMINA.- Que lo hace simplemente para purificarse y eliminar toda la energía negativa de su cuerpo.

FERMÍN.- Pues que se vaya a hacerlo a la calle.

CARMINA.- Puede que lo haga la primera vez que pise la calle.

FERMÍN.- ¿Y esto ha ocurrido antes más veces?

CARMINA.- Alguna.

FERMÍN.- ¿Sin mi permiso?

CARMINA.- El Niño necesita purificarse mucho y no te iba a llamar al trabajo para preguntártelo.

FERMÍN.- ¿Y si esto le pasara cuando trabaje?

CARMINA.- Cuando le pase, si alguna vez le pasa, ya será una persona imprescindible y creará precedentes.

FERMÍN.- Ya, que te crees tú eso. Se lo descontarán de la nómina por escándalo público, Carmina, que los conozco. ¿Y te vas a quedar ahí toda la mañana?

CARMINA.- ¿No pensarás que con este cuerpo me voy a meter en la cocina a freírte unos huevos?

FERMÍN.- ¿Significa que hoy no comemos?

CARMINA.- Toca ayuno. Desnudos conviene ayunar. Y el Niño necesita además de nuestro apoyo.

FERMÍN.- ¿Y qué quieres que haga?

CARMINA.- Que te desnudes, Fermín.

(Oscuro.)

(FERMÍN y CARMINA aparecen desnudos sentados en sus sillas. FERMÍN se ayuda de un gran libro para cubrir sus genitales. CASIMIRO entra como vino al mundo.)

CASIMIRO.- La desnudez es una forma de impedir la llegada de tentaciones no deseadas, y esta casa se había cargado de ellas en los últimos días.

(CASIMIRO comprueba la desnudez de sus padres.)

CASIMIRO.- Papá, mamá, me alegra ver que habéis sentido lo mismo que yo.

CARMINA.- Por supuesto, hijo.

FERMÍN.- Cómo no, hijo.

CASIMIRO.- Una persona desnuda se siente tan inútil que es incapaz de tener la más mínima idea retorcida, ¿no?

(FERMÍN dándose por aludido.)

FERMÍN.- Puede.

CASIMIRO.- Y hace crecer por dentro porque desnudos sabemos hacer muy pocas cosas, ¿verdad?

FERMÍN.- Puede.

CASIMIRO.- Se te irá ocurriendo algo cuando dejes de usar las manos sólo para taparte los genitales, papá.

FERMÍN.- Ya...

(CASIMIRO saca una sábana amarilla de debajo de su hamaca y se la entrega a su padre.)

CASIMIRO.- Toma, papá, pónstela, te vendrá bien para desinhibirte al principio.

(FERMÍN se levanta para cubrirse con la sábana.)

FERMÍN.- ¿Y qué hago yo con esta sábana? Me estáis volviendo loco.

CASIMIRO.- Proyectar energía. ¿No la sientes?

FERMÍN.- Me siento ridículo en nombre de tanta energía, tanta armonía, tanta alternativa, y tanto lo que sea.

(Suena el teléfono. Lo coge CARMINA.)

CARMINA.- ¿Sí? Esperen un momento. Fermín, tus antiguos compañeros de trabajo quieren hablar contigo.

FERMÍN.- ¿Ahora?

CARMINA.- Pues claro, Fermín, quieren saber cómo te va.

(FERMÍN coge resignado el teléfono.)

FERMÍN.- Hola, ¿qué tal estáis? Estupendamente...Sí, ya lo he superado, soy un hombre nuevo, ni me conocéis. Hartándome de comida casera, tú ya sabes; dos platos, postre, café, copa, puro, y... si se terciara un achuchón, claro, en mi estado a cualquier hora del día. ¿Pero qué me dices? Haciendo ayuno por eso del estrés. Sí, de la que me he librado. ¿Sabéis si por casualidad se han arrepentido de lo de mi jubilación? No, que he creado un precedente y han jubilado a veinte más con el mismo perfil nebuloso y desmotivante. Joder, no me lo puedo creer. ¿Y no sabréis de alguna baja por estrés que haya que cubrir aunque sea por un mes? Estoy engordando mucho últimamente. Pues claro que era una broma. El ocio es muy duro, no lo sabéis bien. Venid a casa cuando queráis, aquí estaré en pelotas. Gracias, Sánchez, un abrazo para Peinado y para Martínez. Adiós.

(FERMÍN cuelga el teléfono.)

CARMINA.- Fermín, acércate. En tu estado un achuchón a cualquier hora del día.

FERMÍN.- Ya sabes, Carmina, es una forma de hablar entre los compañeros para liberar tensiones en el trabajo.

CARMINA.- Me noto una tensión, Fermín.

(FERMÍN deja caer la sábana que cubría su cuerpo.)

(Oscuro.)

Escena XII

La sexualidad que parece gotear

D. FERMÍN pasea incómodo ataviado con la sábana amarilla tropezándose con ella varias veces. CASIMIRO le observa tumbado desde su hamaca desnudo.

CASIMIRO.- Sólo intento sacar de ti alguna virtud, alguna habilidad, papá, ya que durante tu vida laboral no te ha sido posible. Ahora tienes tiempo.

FERMÍN.- ¿Y tiene que ser desnudo?

CASIMIRO.- Para una persona como tú es lo ideal. Piensa que a partir de ahora sólo te queda tu cuerpo y tienes que sacarle todo el partido posible. Juega con él.

FERMÍN.- Ya he jugado con tu madre. ¿Cuánto tiempo se supone que tengo llevar esta sábana puesta?

CASIMIRO.- Hasta que te sientas amo y esclavo de tu propio mundo.

(Mientras FERMÍN juega con la sábana que tiene agarrada con sus dos manos, entra CARMINA acompañada de ANA, una joven vecina de 21 años, vestida con un pantalón a punto de caerse, un top y con una lata de cerveza en la mano.)

CARMINA.- Hola, mirad a quién me he encontrado. ¿Os acordáis de Ana?

(FERMÍN suelta una de sus manos de la sábana para saludarla.)

FERMÍN.- ¿Cómo no me iba a acordar si la tuve en mis brazos de pequeña? Y parece que no te ha sentado nada mal.

CARMINA.- Fermín, ya vale. Se acordaba de ti, Casimiro.

CASIMIRO.- ¿Yo también te tuve en mis brazos de pequeña?

ANA.- No sé.

CARMINA.- Le he hablado de ti y quería conocerte. Ha empezado a estudiar algo de Integración Social, creo que me ha dicho.

(CASIMIRO se incorpora.)

CASIMIRO.- En ese caso será mejor que me vista.

FERMÍN.- No hace falta, hijo, aprovecha la oportunidad, como tú me dices.

(FERMÍN y CARMINA salen. CASIMIRO permanece desnudo en la hamaca.)

CASIMIRO.- Qué bien, todas las tareas sociales de integración son pocas para evitar el exceso de errores que se producen en nuestra sociedad, y que se contagian, ¿no lo crees?

ANA.- Sí, pero creo que lo voy a dejar. Estoy harta.

(ANA bebe un trago de su lata.)

CASIMIRO.- ¿De qué?

ANA.- De todo. Me aburro.

CASIMIRO.- Ese sentimiento no lo conocía. ¿Eres capaz de empezar todo lo que dices con el verbo aburrir?

ANA.- Casi.

CASIMIRO.- Ah, una curiosidad del lenguaje. ¿Y no has tenido nunca un pensamiento, tal vez un sueño, que te hiciera sentir una chica diferente y matar así el aburrimiento? A veces funciona.

ANA.- Qué va. Mi coeficiente mental es muy normal y todos acabamos pensando lo mismo.

CASIMIRO.- Claro. ¿Y no te gustaría integrar socialmente a una persona como yo?

ANA.- No sé, no te conozco.

CASIMIRO.- Les darías una alegría a un montón de personas. Empiezo a ser considerado un mal ejemplo.

ANA.- Qué va. Paso de eso de realizarme como una currita.

CASIMIRO.- Bueno, en ese caso dedícate a desintegrar a las personas mal integradas. Te aburrirías mucho menos, te lo aseguro.

ANA.- Tú sabrás.

CASIMIRO.- ¿Te gustaría estar en mi situación?

ANA.- Pss, ¿quieres que me desnude?

CASIMIRO.- Si eso te sirve para contarme algo más de tu vida.

(ANA deja caer su pantalón, y se sienta en una silla junto a la hamaca donde permanece CASIMIRO.)

ANA.- ¿Qué quieres que te cuente?

CASIMIRO.- Lo que quieras.

ANA.- No sé, el sexo me da asco.

CASIMIRO.- Vaya, lo siento, pero un aburrimiento menos, ¿no?

ANA.- Es un rollo, no soporto ver a los tíos ahí locos por pillar.

(FERMÍN y CARMINA hablan desde la lejanía.)

FERMÍN.- (Voz.) Me niego, Carmina, a que otro bicho raro se una a la familia.

CARMINA.- (Voz.) Esto fue idea tuya, Fermín. Desde que intentas ponerte al día, todo lo ves como un problema sexual.

CASIMIRO.- ¿Te gustaría hacer algo, no sé?

ANA.- Lo tengo crudo.

CASIMIRO.- Sí, me temo que más crudo que yo.

ANA.- De todas las combinaciones que he hecho con mi futuro, creo que me toca criar.

CASIMIRO.- ¿Te refieres a criar hijos que hablen más que tú?

ANA.- Sí, me da igual. ¿Eres fértil?

CASIMIRO.- No lo sé, nunca me he preocupado del estado anímico de mis espermatozoides. De momento, todas mis aspiraciones, Ana, pasan por encontrar mi sitio dentro de los demás: que ellos me estimulen, que yo les estimule y que me paguen por ello lo mejor posible. Y eso parece que va para largo.

(ANA bebe el último trago de su lata para comprobar que está vacía, y sin pensárselo dos veces pone su mano sobre el sexo de CASIMIRO. Se incrementa la oscuridad.)

CASIMIRO.- ¿Lo vamos a hacer entre los dos?

ANA.- No, yo pongo la lata para guardarlo.

(FERMÍN y CARMINA acuden silenciosos entre penumbra a iluminar con velas los dos rostros protagonistas del acto. Suena la canción "Me and Mrs Jones" de Billy Paul.)

FERMÍN.- Con las nuevas generaciones nuestro hijo se nos hace onanista, Carmina.

CARMINA.- No te preocupes, sólo hasta que se coloque.

(Oscuro.)

Escena XIII

El vendedor del aparatito virtual

(FERMÍN y CARMINA realizan profundas respiraciones sentados en sus sillas.)

CARMINA.- ¿Por qué tuvimos un solo hijo, Fermín?

FERMÍN.- Hum, ¿te imaginas que hubiera sido de nosotros con dos hijos como Casimiro?, ¿qué futuro habríamos tenido como familia? Yo me hubiera convertido en un pluriempleado buscado por la justicia y tú en una madre exenta de tareas domésticas y subida a un altar de tantos viajes mentales. ¿Y en qué programa de televisión habríamos contado nuestra historia para que nos creyeran?

(Suenan el timbre de la puerta.)

CARMINA.- ¿Quién será a estas horas de la mañana?

FERMÍN.- ¿Queda todavía algún bicho raro por visitarnos?

CARMINA.- A saber.

FERMÍN.- Si es alguien ofreciéndome trabajo basura dile que acepto.

CARMINA.- Eso es para los veinteañeros, Fermín.

FERMÍN.- Que te crees tú eso. Pasados los cincuenta el trabajo basura vuelve a casa por Navidad.

(CARMINA sale.)

FERMÍN.- Si en mi empresa hubieran conocido a mi hijo no me habrían jubilado antes de tiempo. Me hubiesen reciclado una y otra vez hasta no quedar nada de mi dignidad profesional, con tal de no caer en manos de esta generación de perezosos manipuladores, que sin haber hecho nada duermen diez horas de un tirón, y encima gozarán del privilegio de no tener que reciclarse porque se jubilarán con su primer empleo.

CARMINA.- entra acompañada de un vendedor de unos cuarenta años, delgado, traje oscuro, mirada huidiza, actitud distante, y una mochila en su espalda. Fermín sufre la primera impresión:

FERMÍN.- ¿Pero éste viene a darme curre ó a enterrarme?

CARMINA.- Es un vendedor informático, Fermín.

FERMÍN.- ¿Y qué quiere?

CARMINA.- Vendernos un aparatito que es lo último en el mercado.

FERMÍN.- Si ya lo tenemos todo en casa, Carmina, ¿qué nos falta?

EL VENDEDOR.- (Voz baja.) Sin él no eres nada en el mundo.

FERMÍN.- ¿Cómo dice?

CARMINA.- Que sin él no eres nada en el mundo. Y también me ha dicho que con esto ya se puede hacer todo desde casa.

FERMÍN.- Habla más bajo, Carmina, que se va a despertar el Niño y lo que nos faltaba. ¿Y cómo sabe éste que lo que nosotros necesitamos precisamente es no salir de casa?

CARMINA.- Será cosa del Niño. Estará en alguna base de datos.

FERMÍN.- No me puedo creer que los que no quieren salir de casa tengan su propia base de datos.

CARMINA.- Habrá bases de datos para todos los gustos, Fermín.

(FERMÍN se lleva al VENDEDOR hacia un lado para mirarle de arriba abajo.)

FERMÍN.- Ya. Oiga, ¿y este aparatito tiene efectos secundarios?

EL VENDEDOR.- Se vuelve uno más insociable, insatisfecho e intratable.

FERMÍN.- Si no hay más que verte la paliza que te has dado navegando con el aparatito, ¿verdad?

(EL VENDEDOR le responde con un gesto indefinido.)

CARMINA.- ¿Pero habrás crecido por dentro, verdad, hijo?

FERMÍN.- Más te vale, porque para ser un buen vendedor tendrás que mejorar tu imagen, que no parezca tan nebulosa y desmotivante, tú y a me entiendes.

EL VENDEDOR.- Sí. Por eso estoy buscando una nueva familia, nuevos amigos y una novia.

FERMÍN.- Joder, ¿Qué habrás hecho para que te hayan dejado tan tieso?

CARMINA.- Nosotros es que de momento tenemos bastante con nuestro hijo, pero puedes hablar con él.

FERMÍN.- Vas a saber lo que es navegar a pelo.

(EL VENDEDOR saca de su mochila el aparatito para enseñarlo.)

EL VENDEDOR.- Les dejo el aparato un mes de prueba.

FERMÍN.- ¿Y esto cuánto vale?

EL VENDEDOR.- Tres millones.

FERMÍN.- ¿Cuánto? Esos son los ahorros de toda mi vida.

CARMINA.- Si nuestro hijo lo necesita habrá que hacer un esfuerzo.

CASIMIRO.- (Despertándose.) Lo que valga, lo quiero.

CARMINA.- Casimiro, ¿llevas mucho tiempo despierto?

CASIMIRO.- Soñaba precisamente con este día.

FERMÍN.- Qué casualidad. Mi hijo sueña mucho, hasta diez horas de un tirón. Por eso no sé si le quedaría tiempo para sacarle partido al aparatito.

(CASIMIRO se levanta vestido con un mono de rayas y unas gafas psicodélicas.)

CASIMIRO.- Me interesa saber de qué manera puede enriquecer este aparatito a mi formación. Me preparo rigurosamente para aportar a esta sociedad del bienestar lo que se espera de mí.

EL VENDEDOR.- El aparato dispone de una web en el más allá para chatear con alguno de sus familiares desaparecidos o personajes influyentes en sus vidas. Basta con programar sus fechas de nacimiento y fallecimiento e inmediatamente se configura un programa que localiza al desaparecido y emite sus primeros mensajes.

FERMÍN.- Lo tienen todo pensado.

CASIMIRO.- Desde casa al más allá, fantástico. El trabajo ya nos lo podemos saltar y una resignación menos. ¿No es esperanzador poder chatear con el abuelo Vicente y saber qué tal le va?

EL VENDEDOR.- También se incluye como novedad en la oferta cinco horas al día que dispondrán gratuitas para ser vistos a través de esta pequeña cámara incorporada por todos los usuarios del mundo.

CASIMIRO.- Eso es estupendo. Demostraremos que somos una gran familia. ¿Qué os parece?

CARMINA.- Bien, hijo, lo que tú digas.

CASIMIRO.- Todas las virguerías siempre en manos de la máquina, y el género humano siempre detrás limitándose a mover los hilos. ¿Qué hacemos de imaginativo con nuestros sentimientos, siempre huidizos y atezados, que se pueden ver por ejemplo en su mirada?, ¿Se puede acaso controlar la traición?

EL VENDEDOR.- Hay un programa instalado que da pistas.

CASIMIRO.- Ja, ja. Si este aparatito me puede producir tal comodidad que me evite cualquier esfuerzo físico, ¿qué esfuerzo puedo pedirle al futuro para que me haga creer en él?, ¿Podría levantarme cualquier mañana y pedirle a alguien que trabajara por mí?

FERMÍN.- Eso ya lo he hecho por ti muchas veces, hijo.

CASIMIRO.- Tenemos todas las facilidades para que los inventos los maquinen nuestros corazones y si la luna está ya a un paso, ¿por qué no somos mucho más lunáticos? Quiero, por ejemplo, que un Gobierno me prometa que un trabajador de cada empresa se encargará de estar plenamente satisfecho. Y para eso hace falta un trabajador que lo provoque: yo. Y en eso consiste mi trabajo, en provocarme la felicidad.

(Oscuro. Salto de tiempo)

(El aparatito está situado sobre una mesa en el centro. CARMINA está batiendo unos huevos y FERMÍN paseando alrededor de la habitación. Hablan de sus deseos como si fuera un mantra religioso. CARMINA deja de batir.)

CARMINA.- Deseo dar un paseo por el parque, que me cojas de la mano y que me lleves, que siempre me lleves, aunque caiga la lluvia, y sentir tu mano mojada...

(Imprime un rápido batido a los huevos y lo deja de nuevo.)

CARMINA.- ... y sobre todo deseo que pienses en mí cuando esté ausente y que luego me lo digas mirándome a los ojos.

(CARMINA vuelve a su batir de huevos. FERMÍN se detiene.)

FERMÍN.- No volveré a trabajar más. Lo he superado. Sólo acepto órdenes de mi tiempo, tic-tac, tic-tac, soy otro. Y ya no me importa que mi hijo sea un parásito; él es feliz y tenemos que aprovecharnos de su estado de gracia.

(Entra CASIMIRO comiendo de un bol que lleva en su mano.)

FERMÍN.- Vamos, hijo, que el aparatito lleva funcionando una hora.

CASIMIRO.- ¿Cuántas veces tengo que repetirme que no nos importa lo que puedan ver millones de ojos amontonándose alrededor de una materia tan minúscula? Se supone que hay que transgredir esa apariencia que en muchas ocasiones nos aleja de lo que realmente queremos, y nos hace sentir asquerosamente confortables. Somos una familia naturalizada del siglo XXI. No lo olvidéis. Y ahora vamos a recrearnos en lo que hicimos ayer, ¿qué creamos?

CARMINA.- Una actividad efímera para nuestro supuesto mejor cliente.

CASIMIRO.- El cliente es un niño que siempre tiene que estar contento. Pero todos somos clientes de algo, ¿entonces no debería de haber motivos para no estar contentos, no es así?, ¿Y qué hicimos? Descubrir la sensación que necesita nuestro supuesto mejor cliente para seguir confiando en nosotros de forma ciega, y que supusimos que era...

FERMÍN.- Participar en una partida de cartas para intentar batir el récord de días jugando al póker y haciendo trampas.

CARMINA.- Siempre hay algo oculto en las personas.

CASIMIRO.- Y que es fundamental descubrir, mamá. ¿Y qué paso?

FERMÍN.- Que lo consiguió. Ni más ni menos que cinco días jugando y no veas la pasta que se llevó.

CASIMIRO.- Dinero sucio que reinvertió alegremente como un niño satisfecho.

(Suena de repente la voz lejana del más allá del
ABUELO VICENTE.)

ABUELO VICENTE.- (Off.) ¡Fermín...!

CASIMIRO.- Es la voz del abuelo Vicente. ¿Abuelo?

FERMÍN.- ¿Papá, dónde estás?

ABUELO VICENTE.- (Off.) Cerca, hijo, cerca, no se llega hasta el cielo, ya me lo suponía yo, te dejan por sitios conocidos, ¿quién te va a buscar si te pierdes?, ¿qué tal os va?, ¿se colocó ya el nieto?

FERMÍN.- Ya queda menos, papá.

ABUELO VICENTE.- (Off.) Que sea listo, que la vida engaña...

(Se pierde la voz del ABUELO VICENTE. Suena el
timbre. FERMÍN sale a abrir.)

CASIMIRO.- Qué fuerte lo del abuelo.

(Entra FERMÍN acompañado del VENDEDOR, con una imagen mucho más renovada.)

CARMINA.- ¿Pero ya ha pasado un mes?

EL VENDEDOR.- Sí. ¿Ya lo han decidido?

FERMÍN.- Bueno, sí, la verdad es que uno se lo pasa bien, y ya no se necesita a la gente para nada, pero...

EL VENDEDOR.- Si les sirve de algo les adelantaré que sus índices de audiencia han sido muy elevados.

CARMINA.- ¡Por Dios no me asuste! ¿Tanta gente nos ha visto?

FERMÍN.- Habrá mucha gente necesitada, Carmina.

(EL VENDEDOR saca el informe de su chaqueta.)

EL VENDEDOR.- Casimiro ha creado con su actitud cierto absentismo laboral.

CASIMIRO.- ¡Bien!

EL VENDEDOR.- Hay un grupo de trabajadores que han decidido quitarse responsabilidades y volver antes a casa para jugar más...

CASIMIRO.- ¡Bien!

EL VENDEDOR.- Y en cuanto a la proyección de su perfil profesional ha causado cierta conmoción entre algunos Directores de Recursos Humanos, pero no hay respuesta de momento. Quizá necesite algo más de tiempo.

CARMINA.- Es una buena noticia, hijo, por lo menos ya te conocen, y no tienes que enviar más curriculums de esos.

CASIMIRO.- Claro, mamá.

FERMÍN.- ¿Y yo qué, tengo tirón, eh?

EL VENDEDOR.- Usted ha caído muy bien a algunas mujeres, aunque su desnudo le ha hecho bajar puntos.

FERMÍN.- ¿Lo veis como no se puede ir por ahí enseñándolo todo? El desnudo es para gente superdotada. Oiga, ¿y no hay algún descuento por este daño moral que he sufrido?

EL VENDEDOR.- No, de momento. Pero lo más destacable es que han calado en la familia convencional. Posiblemente en estos momentos estén siendo plagiados ya como familia modelo de este siglo que empieza. Les felicito. ¿Lo quieren?

CASIMIRO.- Ya no lo necesitamos. ¿Para qué queremos la vanidad de ser imitados? Con lo que acabamos de conseguir podemos alimentarnos un buen tiempo.

CARMINA.- ¿Estás seguro, hijo? Piénsalo bien, que es una oportunidad.

FERMÍN.- La verdad es que el precio del aparatito se las traía.

EL VENDEDOR.- Como quieran. Ha sido un placer haberles conocido.

FERMÍN.- Ha mejorado usted mucho desde la última vez.

CARMINA.- Y qué bien habla.

FERMÍN.- ¿Será que vende mucho?

EL VENDEDOR.- No, demasiado, pero es que ya tengo novia y no para de hablar.

CARMINA.- Le ha cambiado hasta el color de la cara.

EL VENDEDOR.- Es psicóloga.

CASIMIRO.- ¡Vaya, psicóloga! ¿Su nombre no empezará y terminará por a?

EL VENDEDOR.- Sí.

CASIMIRO.- Salúdela de mi parte, y a partir de hoy Casimiro Mirón, un amigo.

(Se estrechan la mano.)

(Oscuro.)

Escena XIV

Segunda carta de la madre al presidente del gobierno

(CARMINA vuelve a salir en la oscuridad con el atril en forma de luna iluminada. Comienza a leer su segunda carta.)

CARMINA.- Señor Presidente, me permito dirigirme a usted de nuevo para hablarle de mi hijo Casimiro. Sigue empeñado en hacer lo que le gusta y cada vez tiene más claro que su formación es privilegiada y no le importa esperar, aunque para colocarse ya no necesitará de un empujón, sino de dos. No hemos encontrado ningún padrino libre, quizá porque no se le ve necesitado de nada y con su comportamiento lo que parece provocar es justo lo contrario, que los demás necesiten algo de él.

Sin querer ha provocado la incontinencia sexual de Angelita, una compañera suya del colegio que siempre estuvo enamorada de mi hijo, y a su amigo de toda la vida, Paquito Cerdá, un chico muy bien colocado, le ha cambiado la mala cara que tenía apagándole los cuatro móviles que llevaba demasiado cargados; ahora estará apuntándose en alguna agencia de empleo y empezando una nueva vida. Y qué le voy a decir de nosotros, sus padres, que ha conseguido que seamos una familia modelo virtual de este nuevo siglo. Ha conseguido de mí que manifieste mis deseos con toda naturalidad, y a mis años no le cuento los deseos que me salen todavía de dentro. Pero sobre todo ha conseguido que mi marido supere el mono del pluriempleado, ya sabe usted, esa especie de trabajadores que le han quitado el trabajo basura a los más jóvenes. Y total para nada porque, en mi caso, todo era una excusa para no estar en casa por no creer ni en la pareja ni en el matrimonio, que al final de todo se entera una. Y mi marido al final ha llegado a aceptarle al Niño como un parásito privilegiado hasta que le llegue su momento.

De vez en cuando se pasea desnudo sin ningún pudor y mi marido y yo intentamos apoyarle en este sentido como es nuestra obligación. Y con las nuevas generaciones parece llevarse bastante bien: no le duran hablando más de diez minutos, pero luego se acarician y se tocan sin el menor problema como si no necesitaran de la sexualidad.

Y ya sé que esto no se puede medir en valores reales de exportación, pero el Niño hace tanto por los demás intentando ser feliz, que yo había pensado, verá usted, si se le pudiera declarar algo así como "especie urbana protegida", como un detalle social de esos que llaman la atención al principio y luego pasan al olvido.

Yo estoy convencida, como dice mi Niño, de que en esta sociedad del bienestar todo es posible. Y no le molesto más. Esperando verle pronto para que conozca a mi hijo, que no para de crecer por dentro, y compruebe lo bien que se está en su compañía.

Reciba un fuerte abrazo de una madre, ciudadana Carmina.

Escena XV

Llega la hora de reciclarse

FERMÍN y CARMINA entran agarrados de la mano y con los ojos vendados ante la atenta mirada de CASIMIRO, que permanece sentado en una silla.

CARMINA.- Mi cuerpo por dentro es como un desierto con palmeras, y el agua cae por mi garganta como si fuera una cascada natural. ¿No es refrescante, Fermín?, ¿tú qué ves?

FERMÍN.- No veo nada, Carmina, ya no debo tener nada por dentro.

CARMINA.- Con todo lo que habíamos avanzado estos días, Fermín, no seas vago y calienta tu imaginación.

(FERMÍN se detiene.)

FERMÍN.- Es que por dentro no me gusto nada, Carmina. Sólo veo... un puñado de costillas como el armazón de un barco hundido.

CARMINA.- Eso es que necesitas un viaje sin rumbo fijo.

FERMÍN.- Cómo lo sabes. Vamos a dejarlo ya, Carmina. Esto es un disparate.

CARMINA.- Pero si no hacemos mal a nadie. Tan sólo es una forma divertida de interpretar lo que vemos de nosotros mismos. Y así nos lo ha enseñado tu hijo.

FERMÍN.- ¿Pero no te das cuenta que lo que estamos haciendo no es propio de nosotros? Los de nuestra clase social no hacen estas cosas.

CARMINA.- Ellos se lo pierden. Además, yo no sé cuál es mi clase social ahora que empiezo a vivir como una reina.

(**FERMÍN hace intento de quitarse la venda.**)

CARMINA.- Fermín, esa mano que te veo.

(**CASIMIRO se levanta y se sitúa detrás de su padre.**)

CASIMIRO.- ¿Qué cosas son, papá, las que no se pueden hacer por pertenecer a una determinada clase social?

FERMÍN.- Se me ocurren muchas. Las tenía todas apuntadas en mi mesa de trabajo.

CASIMIRO.- Lo único que nos podría diferenciar de una determinada clase social más elevada, es carecer de la prepotencia suficiente para creerse con el derecho a ser un parásito legitimado socialmente. Pero yo ese derecho ya lo he adquirido, papá. Por lo demás, las emociones cotidianas que nos humillan o nos engrandecen son las mismas.

(**Se produce un silencio que rompe con su aparición celestial el PADRE GERMÁN, vestido totalmente de blanco y camisa negra.**)

PADRE GERMÁN.- Os bendigo, familia Mirón. ¿Ya no queréis saber nada de mí ahora que he conseguido tener un pensamiento atroz?

(**FERMÍN y CARMINA se quitan inmediatamente las vendas.**)

CARMINA.- ¿Pero Germán, qué te ha pasado?

CASIMIRO.- ¿Te confieso ahora, tío?

PADRE GERMÁN.- No te molestes, sobrino, mentiría.

CARMINA.- ¡Germán!

PADRE GERMÁN.- Ha llegado la hora de reciclarse.

FERMÍN.- ¿No lo dirás por nosotros? No hay más que vernos.

CARMINA.- Tú no puedes reciclarte, hermano, eres un hijo de Dios.

FERMÍN.- Se supone que tú solamente puedes ser más bueno, y ahí te quedas.

PADRE GERMÁN.- Me he convertido en psicólogo. Ha sido una revelación. Fuera de las horas de confesión, el pecado se ve de otra manera.

CARMINA.- ¿Pero se puede saber qué os ha hecho la psicología?

CASIMIRO.- ¿No habrá tenido algo que ver, tío, una pecadora llamada Angelita? Me acosa sexualmente a través de los demás.

PADRE GERMÁN.- Si es por eso, sobrino, no te preocupes, tarde o temprano llegará hasta mí. Llevo años constatando dónde se equivocan una y otra vez mis pecadores. Y he comprobado que los más genuinos solamente se esmeran cuando pagan por contar los lados oscuros de su personalidad.

CARMINA.- ¿Y qué vas a hacer con tu confesionario?

PADRE GERMÁN.- Me lo han sellado con silicona. Nadie se confiesa porque han modificado su conducta. ¿Os imagináis lo satisfactorio que es comprobar durante la celebración de la misa que todos los asistentes se den fraternalmente la paz de verdad, sabiendo que esa mano que estrechan no va a firmar su desahucio al día siguiente?

FERMÍN.- ¿Y qué haces con el dinero que ganas ilegalmente?

PADRE GERMÁN.- Para los necesitados, eso sí.

(En esos instantes aparece ANA con el mismo pantalón caído de siempre y su lata de cerveza en la mano.)

ANA.- Hola, la puerta estaba abierta. Tu prueba de fertilidad es una pasada.

(ANA le pasa a CASIMIRO el resultado de su prueba de fertilidad.)

PADRE GERMÁN.- ¿Qué significa esto? Veo que el ambiente en esta casa también ha mejorado.

CARMINA.- Si yo te contara.

ANA.- Tus espermatozoides son de una eficacia total en los tiempos que corren.

CASIMIRO.- Sí, no se han expuesto nunca al frío y no se van con cualquiera. Están muy bien educados.

(ANA bebe un trago de su lata y merodea cabizbaja.)

PADRE GERMÁN.- Me alegra saber que mi sobrino por lo menos ha ampliado su círculo de amistades a los espermatozoides.

ANA.- Bueno, no sé, si quieres ser el padre de mis hijos, te lo piensas.

(El PADRE GERMÁN saca una tarjeta de su bolsillo.)

PADRE GERMÁN.- Qué niña más mona. Toma mi tarjeta, soy el Padre Germán, tío del semental aquí presente.

CASIMIRO.- Sin duda todo forma parte de una actitud que me ha llevado a ser único de alguna manera, y una vez marcada la diferencia se supone que tendré que elegir en qué voy a abusar por decirlo de una forma más clara. Mi supuesta condición de semental para contribuir a una clonación indiscriminada me llevaría sin duda alguna a un anonimato para el que, sinceramente, todavía no estoy preparado.

PADRE GERMÁN.- Y si hubiera tan escasa fertilidad en el mundo, sobrino, que el Señor te haya reciclado en semental.

Fermín. Lo que nos faltaba, que andamos locos por sacar al Niño de casa.

CARMINA.- ¿Te das cuenta, Germán, que esto significaría no poder conocer a ninguno de nuestros nietos?

PADRE GERMÁN.- Sí, me hago cargo. Y voy a utilizar todas mis influencias para que la Iglesia tenga algo que decir en este nuevo tipo de revelación doméstica.

(Oscuro.)

Escena XVI

El trabajo subliminal está de oferta

CASIMIRO duerme. Entran FERMÍN y CARMINA acompañados del PADRE GERMÁN y del CAPO DON BENÍTEZ, tipo rondando los cincuenta, bien trajeado, largas patillas y gafas gruesas de cristales amarillos.

FERMÍN.- ¿No te esperábamos tan pronto, Germán?

PADRE GERMÁN.- El espíritu de la Iglesia responde rápido. Aprovechando que está en libertad condicional por varios días os quiero presentar al Capo Don Benítez. Es el pecador perfecto: siniestro y conciso. Ha confesado que medio mundo trabaja sin darse cuenta para él.

FERMÍN.- Joder, el trabajo subliminal está de oferta.

PADRE GERMÁN.- Con él estamos seguros.

(Le ofrecen una silla. El CAPO DON BENÍTEZ se sienta y en una actitud impertérrita se enciende un puro.)

CARMINA.- Qué barbaridad.

PADRE GERMÁN.- Y no sólo eso. También da cursos por correspondencia, a millón por curso.

FERMÍN.- ¿Y qué enseña?

PADRE GERMÁN.- A colocarse bien. Pides hora para tener un cara a cara con él en la cárcel, le cuentas lo que quieres, pagas, y él te proporciona el teléfono adecuado: siniestro y conciso.

CARMINA.- Germán, sabes que queremos lo mejor para el Niño, pero no tenemos un millón de pesetas.

PADRE GERMÁN.- No hace falta. El Capo Don Benítez me ha prometido cambiar y lo ha hecho firmando un pacto con la Iglesia para patrocinar un programa social denominado "Esperma útil en el 21", con el objetivo de captar voluntarios para la crianza.

CARMINA.- ¿Y qué tiene que hacer el Niño?

FERMÍN.- Despiértale, Carmina.

CASIMIRO.- Desde que he oído la palabra siniestro estoy despierto.

CAPO DON BENÍTEZ.- Necesito padres con obligaciones para poder explotarlos en condiciones, y olvidar de una vez por todas la falta de compromiso familiar de los últimos tiempos por exceso de egoísmos y anarquías.

PADRE GERMÁN.- Y había pensado precisamente en Casimiro para desempeñar esa tarea.

FERMÍN.- Perdona, Germán, pero me parece que el pecador perfecto no ha cambiado mucho.

PADRE GERMÁN.- Ha sustituido el concepto tan libertino de semental por uno más verdadero y recogido: el de creador. Trabaja sin darse cuenta y podrá seguir siendo él mismo.

CAPO DON BENÍTEZ.- ¿No dicen que no hay nada más bonito que crear nuevas personas?

CASIMIRO.- Que dejarán de serlo cuando caigan en sus manos.

CAPO DON BENÍTEZ.- Considérelo una misión, joven, que podrá desempeñarla desnudo si lo desea. Y le pagaré muy bien por cada nuevo llanto que escuchen mis delicados oídos.

PADRE GERMÁN.- En tu vida, sobrino, te encontrarás con una oferta tan pintoresca como la de Don Benítez. Otros como él sólo acostumbran a poner precio a la muerte.

CASIMIRO.- No tengo más remedio que pensármelo.

CAPO DON BENÍTEZ.- No lo pienses mucho. La decisión es fácil.

(Mientras CASIMIRO se deja caer pensativo en su hamaca, FERMÍN aprovecha su oportunidad.)

FERMÍN.- Mientras mi hijo se lo piensa, ¿no tendría para mí alguna cosa, pero de los que uno se entera de verdad que trabaja?

CAPO DON BENÍTEZ.- Conozca mis estimulantes programas especiales para jubilados. Se participa en delitos de cierto calibre junto a los mejores especialistas del crimen organizado, a cambio de sus jubilaciones.

FERMÍN.- Ahora entiendo por qué le llaman el pecador perfecto. Bueno, lo único es que me gustaría tener media hora todos los días para hacer mis respiraciones profundas y relajarme.

CAPO DON BENÍTEZ.- Claro, conducir a la víctima a una muerte dulce. Si lo desea usted también puede morir con ellos. Voy necesitando este tipo de entrega en mis subordinados.

PADRE GERMÁN.- Os bendigo, familia Mirón.

(**El CAPO DON BENÍTEZ se levanta de la silla y se marcha con el PADRE GERMÁN.**)

(**Oscuro.**)

(**FERMÍN y CARMINA están sentados en sus sillas.**)

FERMÍN.- Lleva ya tres días sin hablar, Carmina. ¿Qué hacemos? Se le acaba el plazo de Don Benítez.

CARMINA.- ¿Cómo ha podido correrse la voz de esa manera? Ya hay un centenar de voluntarios esperando.

FERMÍN.- Parecen auténticos hinchas de la genética. Quieren niños Casimiros, y están dispuestos a hacer lo que sea.

CARMINA.- Ya nadie se atreve a criar cualquier cosa. Y Angelita la primera. Quiere cinco hijos del Niño y promete dejarle en paz.

FERMÍN.- La locura ha llegado a esta casa.

CARMINA.- Es un don que todo el mundo quiera algo suyo, Fermín. Lástima que no veremos crecer a todos nuestros nietos.

FERMÍN.- Mejor que no lo veamos. ¿Has llamado a Germán?

CARMINA.- ¿Para qué?

FERMÍN.- Casimiro se está convirtiendo en un iluminado y sin ayuda de nadie.

CARMINA.- ¿Te das cuenta ahora de lo que valía? Todo era cuestión de esperar.

(Entra CASIMIRO taciturno.)

CARMINA.- ¿Has decidido ya algo, hijo?

FERMÍN.- Ya puedes decidir porque no veas la que has montado.

CASIMIRO.- ¡Paranquatenimiquaro! El silencio ha sido más exigente que nunca en esta ocasión, pero me ha enseñado hasta dónde puedo llegar y qué hacer para de momento no conseguirlo.

FERMÍN.- Se enfadará tú y sabes quién.

CARMINA.- Fermín, basta.

FERMÍN.- Está bien, hijo, como quieras, pero añade por lo menos en tu currículum que has tenido una oferta fantástica del Capo Don Benítez.

(Oscuro.)

Escena XVII

El sueño de todos

El atril de CARMINA se ilumina. CASIMIRO se despierta y se levanta medio dormido de su hamaca, situada en esta ocasión en el centro del escenario. FERMÍN aparece bostezando y se encuentra con él.

FERMÍN.- No hay manera de dormir esta noche. ¿Tú tampoco puedes?

CASIMIRO.- No, es el primer día en los últimos años que me despierto antes de las diez.

FERMÍN.- Todo es empezar, hijo, todo es empezar. ¿Qué hace ese atril ahí?

CASIMIRO.- Ni idea.

(CASIMIRO se sitúa frente a él.)

CASIMIRO.- ¿Qué cosas tan bonitas se pueden decir desde aquí, no crees?

FERMÍN.- ¿No estarás pensando dedicarte ahora a la política?

(De repente, aparece como un fantasma el mismísimo PRESIDENTE DEL GOBIERNO, que ocupa el atril.)

EL PRESIDENTE.- Buenas noches.

(Tanto FERMÍN como CASIMIRO le estrechan la mano.)

FERMÍN.- Encantado.

CASIMIRO.- Es un placer.

EL PRESIDENTE.- Buenas noches ciudadana Carmina. Le habla el Presidente del Gobierno. He de reconocerla que no es un sueño propio de un Presidente, pero en estos instantes soñaba con su hijo Casimiro, y a que antes de llevar su caso al Consejo de Ministros quería conocerle en un ámbito tan relajado y discreto como es el ámbito de los sueños.

(FERMÍN y CASIMIRO siguen estupefactos con la aparición presidencial, aunque FERMÍN no es optimista.)

FERMÍN.- Si algún día tenía que ocurrir esto. Te ha colocado Casimiro.

CASIMIRO.- No lo entiendes, papá. Hemos llegado a lo más alto, al sueño de un Presidente de Gobierno a través de los viajes mentales de mamá; para que veas que no son ninguna tontería.

EL PRESIDENTE.- Bien, he decidido declararle a su Niño "Especie Urbana Protegida".

FERMÍN.- ¿Estás escuchando?

CASIMIRO.- Es maravilloso. Mamá me acaba de superar.

CARMINA.- (Off.) No lo lamentaré, señor Presidente, evitará a la larga un delincuente menos y quién sabe si un contrincante político menos. También hace ayuno, gasta muy poco y no tiene ningún vicio.

CASIMIRO.- Estas oportunidades sólo pueden ocurrir en una sociedad del bienestar.

(EL PRESIDENTE se dirige a CASIMIRO.)

EL PRESIDENTE.- Me gusta su actitud, Casimiro, es más mentiría si no le confesara que le envidio, pero todavía me gusta más que este acontecimiento se haya producido en mi Gobierno para tener la posibilidad de dar un paso valiente y comprometido con la sociedad de mierda, perdón incierta, que se nos viene encima. Le declaro pues "especie urbana protegida" temporalmente, rogándole eso sí que no sea visitado por más de dos personas al día porque en este país, como usted sabe Casimiro, todo se pega.

(EL PRESIDENTE abandona el atril y FERMÍN abraza humildemente al PRESIDENTE.)

FERMÍN.- ¿Se da cuenta que acabo de perder a un hijo, señor Presidente?

EL PRESIDENTE.- Yo estoy perdiendo media hora de mi sueño.

(Entra CARMINA en ese momento acompañada de un JOVEN ASIÁTICO.)

CARMINA.- Se lo agradezco mucho, señor Presidente. Gracias.

FERMÍN.- ¡Carmina!

EL PRESIDENTE.- Para eso estamos.

CARMINA.- Me he permitido por lo que ha hecho por mi hijo, señor Presidente, traerle un trabajador con todos los papeles en regla para suplir su ausencia. Tiene treinta y tres años como Casimiro.

CASIMIRO.- ¡Pero mamá! No era necesario que me devolvieras todo lo que te he enseñado con este detalle tan maravilloso socialmente.

FERMÍN.- Qué maravilla, un hijo con ganas de trabajar. ¿Puedo, señor Presidente, trabajar con él aunque sea de ilegal?

EL PRESIDENTE.- Me voy que se me están abriendo los ojos.

(EL PRESIDENTE DEL GOBIERNO desaparece. CASIMIRO vuelve a su hamaca de hilo habitual para seguir durmiendo. CARMINA, por su parte, hace entrega a su hijo asiático de una bolsa con comida.)

CARMINA.- Toma, hijo, aquí llevas la fruta y el bocadillo.

FERMÍN.- Voy a acompañarle para que no se pierda, Carmina.

(EL JOVEN ASIÁTICO suelta una frase en su idioma mirando a CASIMIRO.)

FERMÍN.- ¿Qué ha dicho?

(EL JOVEN ASIÁTICO rebusca entre los bolsillos de su pantalón un trozo de papel que le entrega a CARMINA.)

CARMINA.- Pregunta que por qué él se va a levantar todos los días a las siete de la mañana para ir a trabajar, y tú siempre te quedas en la cama hasta las diez.

CASIMIRO.- Hasta las nueve a partir de ahora. Estoy aprendiendo chino para mejorar mi perfil profesional, y de paso enseñarle a mi nuevo hermano las cosas imprescindibles para no dejar de crecer por dentro en esta sociedad.

FIN